

Pedro A. de Alarcón

Salamanca



S. V. 1882

PERTENECE esta obrita a un grupo de viajes realizados por D. Pedro A. de Alarcón, mediada la mitad del siglo pasado, por España. Cierta día, 13 y martes, del 1877, se les ocurre, de sobremesa naturalmente, que es donde acaecen las cosas estupendas, a un grupo de amigos pasar unas horas en Salamanca. Eran los días felices en que se respiraban aires del Progreso, de «aquel espíritu generalizador de nuestro siglo, pasando de las manos muertas de la Historia o de la rutina al libre dominio de la vertiginosa actividad moderna», como nos dice el propio Alarcón en un arranque poco menos que virgiliano.

Acababa de inaugurarse el *Ferrocarril de Medina a Salamanca*, y, aunque el viaje era poco menos que una epopeya, siempre era mejor que los del rey Felipe II al Escorial. Por otra parte, no pocos momentos han llegado a nuestros días o ha meses que dejaron de ser. En Las Navas se sigue anunciando su buena leche y en Medina aún nos reciben con el grito de ¡Posada y fonda!

A las nueve y media, después de doce horas de tren, habían llegado a la ciudad del Tormes. Con su gracia aguda mezclada con citas eruditas, tan propias del tiempo, nos va descubriendo D. Pedro sus calles y edificios, el vivir social y el vivir letrado.

Pasado casi un siglo, aún puede servirnos D. Pedro como cicerone por las calles de la vieja ciudad y tienen interés sus sugerencias.



COLECCION MAS ALLA ☆



COLECCION MAS ALLA ☆



MAS ALLA ☆

AS ALLA ☆

COLECCION ☆

mas alla



D G C L

A

C. 1115870

t. 90246

COLECCION . MAS ALLA .

80

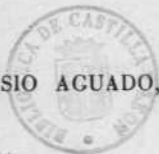
SALAMANCA



PEDRO A. DE ALARCON

SALAMANCA

AFRODISIO AGUADO, S. A. - MADRID



R.25594

DIBUJÓ LA CUBIERTA
EDUARDO VICENTE

SE HAN REGISTRADO LAS
CARACTERÍSTICAS TIPOGRÁ-
FICAS DE ESTA COLECCIÓN

M A D R I D , 1 9 5 0

Impreso por
AFRODISIO AGUADO, S. A. MADRID

INDICE

I. — Discurso preliminar	13
II. — De Madrid a Medina del Campo....	22
III. — En Medina del Campo	28
IV. — De Medina del Campo a Salamanca.	33
V. — Entrada en la Ciudad.—La Calle de Zamora	41
VI. — La Plaza Mayor.—El Corrillo de la Hierba	48
VII. — La Casa de las Conchas.—Iglesia y Colegio de la Compañía de Jesús. Más Iglesias y Palacios	56
VIII. — La Plaza de las Verduras.—La Frontera de Portugal.—El Rey de los Tíos.—Un traje de charra.—La Calle de la Rúa.—La Universidad....	74
IX. — Las dos Catedrales.—El Convento de Santo Domingo.—El Tormes.—La Arcadia Salmantina.—Una visita a la antigua española	99

X. — Barrios arruinados.—El Colegio del Arzobispo.—Los estudiantes irlandeses.—El Palacio de Monterrey. La Casa de las Muertes.—El Convento de las Agustinas.—Un cuadro de Ribera	125
XI. — Último paseo.—La Casa de la Salina.—Doña María la Brava. — La Torre del Clavero. — Recapitulación	143

SALAMANCA

I

DISCURSO PRELIMINAR

El lunes 8 de octubre de 1877 nos habíamos de sobremesa en cierto humilde comedor de esta prosaica y antiartística villa de Madrid cuatro antiguos amigos, muy amantes de las letras y de las artes, algo entrados en años por más señas, y aficionadísimos, sin embargo, a correr aventuras en demanda de ruinas más viejas que nosotros.

Habíase por entonces abierto al público la última sección del *Ferrocarril de Medina del Campo a Salamanca*, lo cual quería decir, en términos metafóricos, que esta in-

signe y venerable ciudad, monumento conmemorativo de sí propia, acababa de ser desamortizada por el espíritu generalizador de nuestro siglo, pasando de las manos muertas de la Historia o de la rutina, al libre dominio de la vertiginosa actividad moderna.

Así lo indicó, sobre poco más o menos, uno de nosotros; y como otro apuntase con este motivo la feliz idea de ir los cuatro a hacer una visita a aquel antiguo emporio del saber, y semejante propuesta, bien que recibida con entusiasmo y aceptada *en principio*, suscitara algunas objeciones, relativas a lo desapacible de la otoñada, a los achaques del uno, a los quehaceres del otro y al natural temor de todos de que en la ilustre y grave Salamanca no hubiese fonda vividera, el amo de la casa, o sea el anfitrión, encendióse (o afectó encenderse) en santa ira, y pidiendo arrogantemente la palabra (y una segunda copa de legítimo *fine champagne*), pronunció el siguiente discurso:

«Señores:

» ¡Parece imposible que la edad nos haya reducido a tal grado de miseria! ¿Somos nosotros aquellos héroes que, hace algunos

años, recorrían en mulo o a pie las montañas más altas de Europa, expuestos a perecer entre la nieve, sólo por ver un ventisquero, una cascada o el sitio en que los aludes aplastaron a tal o cual impertérrito naturalista? ¿Somos nosotros los mismos que pasaron noches de purgatorio en ventas dignas de la pluma de Cervantes, por conocer las ruinas de un castillejo moruno; los que hicieron largas jornadas en carro de violín, por contemplar un retablo gótico; los que sufrieron a caballo todos los ardores del estío andaluz, buscando el sitio en que pudo existir tal o cual colonia fenicia o campamento romano? ¿Somos nosotros los atrevidos exploradores de la Alpujarra, los temerarios visitantes de Soria, los que llegaron por tierra a la misteriosa Almería, y, sobre todo, los intrépidos descubridores de Cuenca..., de cuya existencia real se dudaba ya en Madrid cuando fuimos allá, sin razón ni motivo alguno, y en lo más riguroso del invierno, tripulando un coche-diligencia que volcó seis veces en veinticuatro horas?

»¡Nadie diría que nosotros somos aquellos célebres aventureros, al vernos vacilar de esta manera en ir a la conquista de la

inmortal! Salamanca, hoy que la locomotora la ha puesto, como quien dice, a las puertas de Madrid! ¡Nadie lo diría, al vernos retroceder ante el frío, ante la perspectiva de una cama incómoda o de una comida poco suculenta, y ante otros trabajos y fatigas, que siempre fueron, para hombres bien nacidos, estímulo y aliciente de esta clase de expediciones! ¡Pues qué!, ¿no eran mucho más viejos que nosotros, y no tenían más achaques y dolamas, Cristóbal Colón, al embarcarse en Palos; Antonio de Leyva, al salir de Pavía en ayuda de los ejércitos imperiales, y Abdel-Melik, el Maluco, en la batalla de Alcazarquivir, a la que asistió moribundo, llevado en hombros por sus soldados, y durante la cual expiró como bueno, seguro ya de la derrota de D. Sebastián de Portugal?

» ¡Un esfuerzo semejante espero yo de vosotros en la presente ocasión! ¡Considerad, señores, que se trata de Salamanca, de la *Madre de las Virtudes y de las Ciencias*, como la llamaban antiguamente; de la ciudad que ha llevado también el nombre de *Roma la Chica*, por los innumerables y nobilísimos monumentos que la decoran; celebérrima bajo la dominación de los ro-

manos; cristiana antes de la irrupción de los godos; arrancada varias veces de manos de los sarracenos, en los siglos IX y X; liberada definitivamente en el siglo XI, y lumbrera desde entonces de la entenebrecida Europa por su venerable Universidad, que, con las de Oxford, Bolonia y París, vinculaba el saber de aquellos tiempos! ¡Considerad que se trata de la hija mimada de Castilla la Vieja, de la Atenas española, protegida constantemente por Magnates, Prelados, Papas y hasta Santos, desde D. Ramón de Borgoña y el Obispo Visquio, que la repoblaron y comenzaron a engrandecerla, hasta los Reyes Católicos, que la distinguieron con su predilección casi tanto como a Granada! ¡Considerad que allí hubo Concilios; que allí se reunieron Cortes; que allí se juzgó a los Templarios; que allí se establecieron preferentemente las *Ordenes Militares* y fundaron magníficos templos; que allí predicaron San Vicente Ferrer y San Juan de Sahagún; que allí residieron mucho tiempo Santa Teresa y San Ignacio de Loyola; que allí estudió y explicó Fr. Luis de León, y que allí estuvieron los Reyes Ordoño I, Alfonso VII, Fernando II, Alfonso IX, En-

rique II (antes y después de matar a su hermano), D. Juan I, D. Juan II, D. Enrique IV, los Reyes Católicos (no una, sino muchas veces), el Emperador Carlos V, Felipe II, Felipe III, Felipe V y D. Alfonso XII, que felizmente reina!

»Digo más, señores; digo más... Allí nació y fué bautizado Alfonso XI; allí murió la esposa amadísima de Trastámara, o sea la Reina D.^a Juana Manuel; allí murió también el Príncipe D. Juan, único varón de los Reyes Católicos, quien, de haber vivido más tiempo, hubiera ahorrado a España muchas calamidades; y allí, en fin, se casó con María de Portugal el Sr. D. Felipe II, cuyo nombre y cuyos hechos no figurarían en nuestra historia si no hubiese habido antes un Felipe I...

»Salamanca, por consiguiente, debe de estar cuajada de iglesias, de palacios y de conventos. Salamanca debe de ser un álbum arquitectónico, donde se encuentran modelos de todos los estilos cristianos: del románico, del gótico, del plateresco, del grecorromano y del churrigueresco (y esto suponiendo que no haya también piedras árabes y judías). Salamanca, en fin, será un *mare magnum* de portadas, de torres,

de columnatas, de ojivas, de retablos, de púlpitos, de pinturas en tabla, en lienzo y al fresco, de sillerías y estatuas de madera, de verjas, de alhajas, de ornamentos, de ropas y de otras venerandas antigüedades.

»Para formar idea de ello, básteos saber que en el siglo XII, cuando se escribió el *Fuero de Salamanca*, había en la ciudad 33 iglesias, y que después llegó a haber hasta 48, sin contar cuatro conventos de Monacales y 17 de Religiosos de los demás Institutos; 16 de monjas, dos beaterios de reclusión voluntaria, uno de reclusión forzosa y más de 30 colegios, incorporados legalmente a la Universidad... Y aunque descontemos las muchas iglesias, y, sobre todo, los muchos conventos que habrán caído al golpe del cañón extranjero y de la piqueta constitucional y republicana desde 1808 a 1813, y desde 1835 a 1874, todavía quedarán en pie los bastantes monumentos históricos y artísticos para considerar a Salamanca (y es cuanto se puede decir) como otra Toledo. ¡A Salamanca, pues, amigos míos! ¡A Salamanca, sin pérdida de tiempo! ¡A Salamanca, antes de que, por razón de ornato público, le sacudan el polvo de los siglos! ¡A Salamanca, antes

de que la reformen, antes de que la mejoren, antes de que la profanen... (que todo viene a ser la misma cosa)! ;A Salamanca mañana mismo!

»El viaje es sumamente cómodo... Aquí tenéis *El Indicador*... Se sale de Madrid a las nueve y media de la noche, y se llega allá a las nueve y media de la mañana. El billete, en primera clase, cuesta siete duros, que, con siete de volver, son catorce. Supongo que habrá allí hoteles, o sea fondas; pero si no los hay, habrá casas de huéspedes, y si no, posadas, y si no, hospicio. Y hablo así, porque no avisaremos a nadie nuestra llegada; que, de lo contrario, bien podríamos asegurar que allí tenemos al padre alcalde, y no sólo al padre, sino al abuelo y al bisabuelo... dado que conocemos en Salamanca al Sr. Obispo de la diócesis, Martínez Izquierdo, compañero de algunos de nosotros en las Cortes de 1869 y en el actual Senado; dado que nuestro amigo Frontaura es Gobernador de la provincia, y dado que yo cuento además en aquella población con la antigua y excelente amistad de otras personas, que no dejaré de presentaros en el momento oportuno. Fuera de esto, sabed que Salamanca

gozó siempre opinión de barata y de rica, y que sus alimentos son también muy celebrados. Los castaños y encinas de sus montes dan pasto al mejor ganado de cerda de las Españas, y el tal ganado de cerda (convendréis en ello) puede muy bien servir de pasto a viajeros tan aguerridos como nosotros. A mayor abundamiento, las truchas del Tormes gozan igual fama de exquisitas (me refiero al geógrafo Miñano), sin contar con que en los corrales de aquellas casas de labor se crían ciertos pavos enormes, ya cantados por mí en un célebre soneto. Y, ¡en fin, señores, qué diablos!... ¡Corre de mi cuenta llevar un cesto de víveres y municiones (cuando digo *municiones* entended *botellas*) para los casos de *fuerza mayor* y otras calamidades inesperadas!...

»Conque..., he dicho.»

Aplausos y aclamaciones acogieron este discurso; y, sin más debate, aprobóse por unanimidad el proyecto, quedando decidido que a la noche siguiente saldríamos para Salamanca.

II

DE MADRID A MEDINA DEL CAMPO

En efecto: a las nueve y media de la siguiente noche salíamos de Madrid en el tren *segundo correo*, destinado, como todo el mundo sabe, a transportar cartas y viajeros desde esta Villa y Corte (que ya cuenta 400.000 habitantes) a media España y a toda Europa.

Sin embargo, íbamos casi solos... Los españoles tenemos pocos asuntos fuera de casa, y los que tenemos no nos interesan hasta el extremo de hacernos emprender largos viajes. Nuestra filosofía moruna, ascética, o como queráis llamarla, da de

sí esta magnánima indiferencia, tan deplorada por economistas y políticos, y tan aplaudida por otra clase de pensadores que miran las cosas desde más alto. Viajan, sí, por mero placer, los elegantes y los fantaseadores, los bañistas de afición y los amantes de la Naturaleza; pero, precisamente en la fecha citada, este linaje de madrileños regresaba ya hacia las orillas del Manzanares o, por mejor decir, hacia las bocas de riego del Lozoya. Además, aquel día era martes, y los martes apenas se despacha algún billete en nuestros ferrocarriles, por aquello de que *en martes ni te cases, ni te embarques*; razón que me ha movido a mí siempre a preferir los martes para viajar, pues va uno más holgado en el tren o en la diligencia. ¡Y si puedo combinar que sea *martes y día 13* mejor que mejor!

Esto de la holgura lo llevábamos nosotros resuelto aquella noche por *ministerio de la ley*... Quiero decir que éramos dueños de un *reservado* de ocho asientos, que entre cuatro personas daba dos asientos para cada uno, con su correspondiente rincón por cabeza y para la cabeza. Nos dormimos, pues, en seguida que el tren

se puso en marcha (como muy necesitados que estábamos de descansar de nuestras prisas del día, y también para ir haciendo provisión de sueño y de reposo, a cuenta de los madrugones y demás fatigas consiguientes a una expedición artístico-poética por tierra de garbanzos), y dormidos pasamos muchísimo tiempo...

... ..

* * *

A las tres de la madrugada el hambre nos despertó.

Estábamos en *Sanchidrián*, a veinticinco leguas de Madrid, al otro lado de la cordillera del *Guadarrama*.

¡Bien nos habíamos portado! ¡Cinco horas de sueño de un tirón!

Durante ellas, sólo habíamos oído, a cosa de las doce, en uno de esos intervalos de semiconsciencia que tiene el durmiente a cada parada del tren, los destemplados gritos con que una pobre mujer (única que a tal hora estaría despierta en aquella áspera sierra) pregonaba a todo lo largo de la hilera de coches: «*Leche de las Navas*», sin que se siguiese ruido al-

guno demostrativo de que la infeliz trasnochadora despachaba algo...

Es decir, que habíamos pasado por *El Escorial*, por las susodichas *Navas* (que Dios bendiga), por *Avila* y por otros varios pueblos chicos y grandes sin darnos siquiera cuenta de ello. ¡Quién se lo dijera a Don Felipe II cuando edificaba lo que recibió el nombre de *octava maravilla*! ¡Quién le dijera que llegaría un tiempo en que cruzasen por allí *con los ojos cerrados* personas tan amantes del Arte y de la Historia como nosotros!

Pero ¿qué mucho, si habíamos atravesado con igual indiferencia la formidable sierra de Guadarrama (que es algo más grande que el monasterio del Escorial), pasando *inconscientes*, no sólo por delante de sus cimas, sino *por dentro* de sus mismísimas entrañas, por la cuna de los metales, por la oficina de los terremotos, por las regiones del infierno?

* * *

Decía que estábamos en *Sanchidrián* y que el aguijón del hambre nos había despertado.

El mismo mozo de la vía, por quien supimos particularmente en qué estación nos hallábamos (pues nadie se había tomado el trabajo de vocearla), nos participó además, *motu proprio*, que el termómetro del telegrafista marcaba en aquel instante seis grados bajo cero.

¡Oírlo nosotros y bajar el cristal de la ventanilla todo fué una cosa sola! Hecho lo cual transformamos el coche en fonda, y cenamos tranquila, profusa y regaladamente, que para esto llevábamos *a bordo* el anunciado cesto de provisiones, en que no faltaba ningún perfil, pues, a más de comestibles de buena ley, contenía frascos de agua y botellas de vino, café del mismísimo Aden y máquina para hacerlo, velas con que alumbrarnos *a giorno*, y otros muchos refinamientos de sibaritismo y de *confort*, que ni tan siquiera concibieron los antiguos Emperadores romanos.

Terminada la cena nos fué imposible volver a dormir. Pasamos, por consiguiente, en alegre conversación cosa de una hora, hasta que, cerca de las cinco de la mañana (es decir, todavía con estrellas), llegamos a la estación de *Medina del Campo*.

—¡Medina! ¡Parada y fonda! ¡Cambian de tren los viajeros para Zamora y para Salamanca!—gritó el mozo de la estación.

—¡Vaya una fonda y una parada inoportunas!—exclamamos nosotros, dando un suspiro.

Y nos pusimos a recoger nuestros enseres.

III

EN MEDINA DEL CAMPO

Los viajeros que se dirigen a Salamanca en camino de hierro, tienen que esperar en la estación de *Medina* (¡durante una hora!) la salida del tren que corre exclusivamente entre estas dos ínclitas ciudades. Cargamos, pues, con todo nuestro ajuar y echamos pie a tierra en el andén, acatando los altos e incomprensibles designios de las Empresas, que no han juzgado conveniente ahorrar a los viajeros esta hora de detención.

Como todavía era de noche, según queda indicado, y hacía todo el frío que nos dijeron en Sanchidrián, tuvimos que re-

fugiarnos, lo mismo que el resto de los viajeros (unos treinta, naturales de aquellas cercanías), en el diminuto, descristalado y afortunadísimo cafetín (vulgo *Fonda*) de la estación, donde nos vimos obligados a oír, a pesar nuestro, más de una conversación ajena, poco edificante y nada chistosa..., a las cuales conseguimos al cabo sustraernos, hablando entre nosotros y en voz baja de la ilustre ciudad a cuyas puertas vivaqueábamos tan desagradablemente.

Dicho se está, por tanto, que salió a relucir el funestísimo día 21 de agosto de 1520, en que *Medina del Campo* fué quemada por el alcalde Ronquillo y por el capitán Fonseca, a consecuencia de haberse resistido sus moradores a entregarles la artillería para combatir a Segovia,alzada en favor de los Comuneros, y que recordamos también aquella hermosa carta, escrita con tal motivo por los segovianos a los medinenses, en que se leen estas sublimes frases dignas de la antigua Musa de la Historia: «*Nuestro Señor nos sea testigo, que si quemaron desa villa las casas, a nosotros abrasaron las entrañas, y que quisiéramos más perder las vidas que no se per-*

dieran tantas haciendas. Pero tened, señores, por cierto, que pues Medina se perdió por Segovia, o de Segovia no quedará memoria, o Segovia vengará la su injuria a Medina... Desde aquí decimos, y a la ley de cristianos juramos, y por esta escritura prometemos, que todos nosotros por cada uno de nosotros pornemos las haciendas y aventuraremos las vidas; y lo que menos es que todos los vecinos de Medina libremente se aprovechen de los pinares de Segovia, cortando, para hacer sus casas, madera. Porque no puede ser cosa más justa que, pues Medina fué ocasión de que no se destruyese con la artillería a Segovia, Segovia dé sus pinares con que se repare a Medina...»

«Medina (añade el historiador Lafuente) había sido hasta entonces el emporio del comercio, el gran mercado del Reino, y el principal depósito de las mercancías extranjeras y nacionales, de paños, de sedas, de brocados, de joyería y tapicería; sus ferias anuales tenían fama en el mundo; todo pereció en aquel día de desolación; de setecientas a novecientas casas fueron consumidas por las llamas.»

.....

A todo esto, había principiado a amanecer; visto lo cual, nos trasladamos al andén de la estación, prefiriendo helarnos al aire libre viendo los rosicleres de la aurora, a los aires colados y a las crecientes vulgaridades del cafetín.

El andén de la estación estaba tan silencioso como solitario. Nuestro primitivo tren había continuado su marcha hacia Irún, no bien nos bajamos de él, y después había partido otro con dirección a la insigne ciudad de Zamora. ¡El único que no daba ni señales de pensar en salir era el recién establecido *tren de Salamanca!*

En cambio, salió el sol. Por cierto que su primer rayo no hirió directamente nuestras pupilas, sino que fué a besar con amoroso r speto un arrogant simo torreón gótico, que ya habíamos divisado enfrente de la estación, sobre las ruinas de una antigua fortaleza. Era la famosa *Torre del Homenaje* del celeb rrimo *Castillo de la Mota*.

Este castillo, distante de *Medina* algunos centenares de pasos, y separado hoy de ella por el tiránico ferrocarril, corona una especie de meseta que en estas interminables planicies castellanas pudo muy bien hacer

el papel de *altura* cuando se la eligió para asiento de una ciudadela... Allí murió Isabel la Católica. Es decir, que tal vez en el interior de aquella *torre*, dorada por el sol naciente, se hallaba (y se halla) el aposento pintado por Rosales, con singular maestría, en el cuadro que dió principio a su reputación. Allí estuvo preso, durante veinte años, Hernando Pizarro, hermano y compañero de glorias del Conquistador del Perú. Allí vivió también encarcelado el abominable César Borgia...

Pero como si el tren de Salamanca hubiera estado aguardando a que nos fuese grata la permanencia en la estación de *Medina* para decir «¡Vámonos!», la campanilla y el pito y las voces de los empleados nos sacaron en esto de la contemplación de tan venerables ruinas y de sus grandes recuerdos históricos, obligándonos a correr más que aprisa hacia el andén, del cual nos habíamos alejado insensiblemente.

En aquel mismo instante brilló a nuestros ojos, no ya la luz refleja, sino el mismo disco del sol...

Eran las seis.

IV

DE MEDINA DEL CAMPO A SALAMANCA

Partimos.

El tren giró hacia el Oeste, no bien salió de entre agujas, y colóse inmediatamente en *Medina del Campo*, cuyas últimas casas lindan con la estación.

La vía férrea cruza por las calles mismas de la villa, sobre un terraplén de algunos pies de altura, gracias al cual fuimos viendo, por encima de cercas y tapias, el interior de muchos corrales llenos de leña, estiércol y aperos de labor, y cubiertos de recentísima escarcha, por donde andaban ya las madrugadoras gallinas tomando el sol y cacareando...

Los medinenses no se habían levantado todavía. Por lo menos, las ventanas y puertas de sus casas estaban cerradas, las chimeneas no expelían humo, y no había ni un alma en las silenciosas calles.

Medina es extensísima, y compréndese muy bien, al verla, que desempeñe papel tan importante en la historia de España. A cada paso descubríamos casas ruinosas, con todo el aspecto de deshabitadas, y amplios solares de otras que se han hundido. Infinidad de torres de iglesias nuevas o viejas (es decir, de hace cuatro o cinco siglos, o del siglo pasado, a juzgar por la forma de sus campanarios y por el color de los muros) mantiéñense todavía en pie. Abundan las de piedra renegrada por el tiempo, y aun hay que contar las que habrán derribado los siglos y las revoluciones...

De los desastres causados por la tea incendiaria de Ronquillo y de Fonseca, nóntanse por doquier horribles vestigios. La desventura de *Medina*, como las de Pompeya y Herculano, tiene fecha determinada. ¡Tal día de tal año amaneció rica y poderosa, y a la noche era un montón de ruinas!

Pero mientras nosotros pensábamos en esto, el tren había dejado ya atrás a Medina del Campo y corría por más alegres horizontes...

Hagamos nosotros lo mismo.

* * *

De Medina a Salamanca hay 77 kilómetros.

Acerca de los primeros que recorrimos, sólo tengo que decir que seguimos cruzando la gran llanura de Castilla la Vieja, más productiva, pero menos desamparada y monótona que la de Castilla la Nueva. En cuanto alcanzaban los ojos veíamos leguas y leguas de campos sin verdor, recién arados con el mayor esmero, en donde iban a sembrarse los gérmenes de la cosecha de 1878! ¡pero ni un árbol, ni una vivienda, ni un chorro de agua, ni la más leve ondulación en el terreno!...

Sin embargo, aquella interminable planicie casi negra, cobijada por un cielo azul y limpio, e inundada de luz por un sol alegre y esplendoroso, no carecía de encanto y grandiosidad a causa de su misma sencillez. Hacía un día hermosísimo, un

verdadero día español, y esto lo embellece todo.

Por lo demás, ya íbamos divisando en la soledad de aquellas tierras algunos labradores que araban tranquilamente, y que nosotros no podíamos imaginar de dónde habían salido ni a qué hora se habían levantado para estar allí tan de mañana. Vistos desde el tren parecían habitantes de la Luna contemplados desde la Tierra, o habitantes de la Tierra contemplados desde la Luna, o más bien parecían un accesorio fijo y permanente de aquel cuadro, como las figurillas humanas que ponen los pintores en los paisajes.

Minutos después (que es como si dijéramos *algunas leguas* más allá) pasamos por delante de un montecillo de barro, de piedras, de yeso, de tejas y de retama, coronado por un campanario con su cruz y todo... Era un pueblo: era *Campillo*; quiero decir, era uno de tantos *Campillos* como figuran en el *Nomenclátor* de España.

Luego pasamos por *El Carpio* (o sea por *un Carpio*, pues también conocíamos ya más de uno)...

Y a las siete y veintiocho llegamos a

Cantalapiedra, famosa hoy por su agua potable, que no bebimos.

Habíamos entrado en la PROVINCIA DE SALAMANCA.

Allí comienza ya a rizarse el terreno. *Cantalapiedra* ocupa una meseta inclinada, donde hubo también antiguamente cierto castillo casi inexpugnable.

En el siglo xv los portugueses se apoderaron de él y defendieron largo tiempo, al amparo de sus muros, las pretensiones de la Beltraneja. Los vecinos de la villa discurrieron entonces que el tal castillo podía con el tiempo dar ocasión a nuevas luchas y trastornos, si lo dejaban en pie; y no bien terminó aquella guerra civil, lo demolieron pacíficamente con sus propias manos. Vese, pues, que no siempre ha corrido como verdad axiomática lo de *si vis pacem, para bellum*.

Y es cuanto puedo decir de *Cantalapiedra*.

Puestos otra vez en marcha, el sol, que iba ya calentando, principió a acariciarnos dentro del coche, y acabó por dormirnos amorosísimamente...

Y dormidos pasamos (según luego vimos en *El Indicador*) por

*Nueva Carolina,
Pedroso,
Gomecello,
Y Moriscos,*

nombres que ningún eco habrían hallado en nuestra memoria aunque no hubiésemos estado dormidos.

En cambio, quiso la Providencia que despertásemos al salir de esta última estación, o sea cuando faltaba un cuarto de hora (legua y media) para llegar a *Salamanca*. De otro modo, nos hubiéramos hallado de *pronto* bajo los muros de la gran ciudad; cosa opuesta a todas las reglas del arte de conmovearse.

* * *

Lo primero que vimos de *Salamanca* (mucho antes de divisarla a lo lejos) fué sus célebres toros..., los toros *salamanquinos*, de mil libras de peso y de formidables astas, plantados cerca de la vía y mirando el tren con más cólera que espanto.

—¡Ah, facinerosos! (estuve por decirles). ¡Desde tiempo inmemorial habéis estado yendo a Madrid a asustarnos con esa fuerza y esos cuernos que Dios os ha

dado!... ¡Ahora nos toca a los madrileños venir a Salamanca a asustaros a vosotros! ¿Por qué no probáis a luchar con esta locomotora?

Los toros debieron de adivinar semejante desafío, y noticiosos, sin duda, del trágico fin de aquellos héroes y mártires de su misma especie que embistieron arrogantemente en las orillas del Jarama a los primeros trenes de Madrid a Aranjuez y de Aranjuez a Madrid, nos volvieron la espalda con suma dignidad, como diciendo:

—¡Nuestra raza cumplió ya ese deber!
 ¡Su protesta quedó escrita con sangre!
 ¡Paso a la majestad caída!

Y la verdad es que tenían razón.

En esto apareció ante nuestros ojos *Salamanca*, surgiendo de la hondonada en que se asienta a la orilla derecha del Tormes.

¡Aquella era, sí, la *muy noble y muy leal* matrona, con sus rotas murallas; con su centenar de torres y cúpulas, que en línea horizontal se dibujaban en el cielo; con sus amplios edificios de dorada piedra, que reverberaban al sol, y precedida de una verde arboleda, que parecía servirle de zócalo o de alfombra!

Tanta erguida piedra campeando en el aire, tanta arquitectura, tanta grandiosidad, tanta nobleza, correspondían de todo punto al encomiástico dictado de *Roma la Chica*... Era, pues, indudable que estábamos delante de *Salamanca*.

V

ENTRADA EN LA CIUDAD.—LA CALLE DE ZAMORA

La estación del ferrocarril de Salamanca distará un kilómetro de la ciudad, y desde aquélla a ésta corre una hermosa calle de árboles, que sirve de paseo público. Además, cuando nosotros fuimos allí construía-se a toda prisa, para el servicio de la misma estación, una ancha y bien acondicionada carretera, por cuyo explanado trayecto pasaban ya los *ómnibus generales* y muchos *particulares de los hoteles*.

¡Porque *todo esto* había donde ningún alojamiento temíamos hallar cuando en Madrid proyectábamos el viaje!

—¡Señorito, al *Hotel H!*... ¡Señorito, al *Hotel B!*... ¡Señorito, a la *Fonda X!*...—nos gritaban los *commissionnaires et facteurs*, ni más ni menos que si acabásemos de llegar a París o Londres.

—¡Bien por Salamanca! —exclamamos nosotros—. ¡*Nobleza obliga!* ¡Cuando los grandes se meten a plebeyos, deben hacer las cosas con este rumbo!

Pero de aquella misma abundancia de alojamientos surgía una nueva dificultad, y era que, como no habíamos consultado a nadie antes de salir de Madrid, ni avisado a ningún amigo nuestra llegada a Salamanca, ignorábamos cuál era el mejor hotel, hallándonos, por tanto, en la situación que los franceses (y va de afrancesamiento) denominan *embarras du choix*.

No era cosa de equivocarse en punto de tamaño trascendencia. Preguntamos, pues, a un guardia civil (autoridad infalible de tejas abajo), y éste nos recomendó (confidencialmente) el *Hotel del Comercio*.

—¡*Al Hotel del Comercio!* dijimos nosotros entonces con absoluta confianza, penetrando en el ómnibus de aquella advocación.

Y partimos.

En cuanto al resto de los viajeros... (¡ah, cucos!), ya se les veía caminar a pie por la calle de árboles; de lo cual se deduce que los demás carruajes volvieron de vacío a la ciudad. Pero ¿qué importaba, si el honor de Salamanca se había salvado?

Dice un refrán novísimo: *Haz lo que debas, aunque debas lo que hagas.*

* * *

Subido en el estribo de la trasera, y con la gorra, la cabeza y medio cuerpo metidos dentro de nuestra jaula, nos miraba y se sonreía el *zagal* del ómnibus (*zagal* también por los años, pues no habría cumplido quince), y al ver yo su rostro picaresco, digno de su paisano *Lázaro de Tormes*, díjeme alborozadamente: «¡He aquí nuestro *cicerone* hasta que lleguemos a la fonda!...»

Y me puse con él *al habla*, previa donación, que le hice, de un cigarro puro.

Aquel joven nos dijo, entre otras muchas cosas menos interesantes, que *la puerta*, ya sin puerta, por donde poco después entrábamos en Salamanca, se llama todavía la *Puerta de Zamora*, y que la hermosa calle

que allí comienza lleva también el nombre de la ciudad de Gonzalo Arias.

Y nosotros recordábamos, por nuestra parte, el clamoreo que se alzó en las Academias de Madrid el año de gracia de 1855, cuando los salmantinos (no todos) tuvieron a bien derribar la tal puerta, sin reparar en que había servido de Arco de Triunfo para la entrada del emperador Carlos V en la ciudad del Tormes el año, también de gracia, de 1534...

La dicha *calle de Zamora*, que, según vimos después, es la mejor de Salamanca, llamó sobre todo nuestra atención, y muy particularmente la mía, por su color pardo, austero y como de vejez. Y era que mi último y entonces recentísimo viaje de recreo había tenido por teatro la provincia de Cádiz, y mis ojos estaban hechos a ver pueblos blanquísimos, relucientes, flamantes, *nuevos*, por decirlo así, adornados de verdes balcones, de floridos patios expuestos al público, y de enjalbegadas horizontales azoteas al estilo de Africa; era que aún danzaban en mi imaginación aquellas ciudades muertas de risa, sin monumentos históricos ni humos artísticos, sencillas, graciosas y coquetas como jóvenes vestidas

de veraniego percal, que se llaman Sanlúcar, los Puertos, San Fernando y Cádiz.

Salamanca, por el contrario, se me presentaba en la *calle de Zamora* vestida de paño y de terciopelo, de hierro y de gamuza, como una especie de ricahembra apercebida a asistir al Consejo o a la batalla, y más aficionada al templo que al sarao. Muchas casas eran de piedra, y otras estaban pintadas de un modo severo, anticuado, monumental. La arquitectura y la arqueología, la historia y la leyenda, extrañas completamente al alegre caserío gaditano, reaparecían, pues, a mi vista con sus venerandos caracteres. Grandes escudos heráldicos campeaban encima de varias puertas, o en los espaciosos lienzos de fortísimos muros, o en el herraje negro y feudal de rejas y balcones. Estos balcones tenían por dosel enormes guardapolvos; los tejados remataban en descomunales aleros, y, abajo, las amplias y voladas rejas terminaban en humildes cruces. Veíanse portadas de aquel período del Renacimiento que puede llamarse *plateresco español*; otras de arco romano, con grandísimas *dovelas*, al estilo del tiempo de los Trastámaras, y algunas de tan imponente y es-

quiva hechura, que, a no correr el año de 1877, hubiera yo jurado que en tales casas vivían poderosos inquisidores o alguno de aquellos terribles mayorazgos que solían ser jefes de una docena de hermanos, todos ellos soldados, frailes y monjas. ¡Indudablemente estábamos en Castilla la Vieja, o, mejor dicho, en el antiguo reino de León! ¡Hasta el aire era allí godo, español! rancio, cristiano puro, *antisarraceno*, en fin, ya que es menester decir las cosas claras!

Y cuenta que Salamanca no tiene nada de lúgubre, de sombría ni de taciturna, como nosotros mismos habíamos creído hasta entonces, equiparándola a otras ciudades castellanas, sino que es, y desde luego conocimos que era, una población alegre, animada, de mucha luz, de hermoso cielo, de libre y puro ambiente, digna, en fin, de albergar, como alberga, a los que suelen ser llamados en Valladolid y Burgos *los andaluces de Castilla*.

Con esto llegamos al hotel, situado al otro extremo de aquella misma calle; elegimos habitaciones, que nos parecieron excelentes; y como entonces se nos advirtiera o notificara de oficio que en aquel esta-

blecimiento se almorzaba a las once en punto, batimos palmas en señal de alegría, y tomamos en seguida la escalera abajo, a fin de aprovechar la hora y pico que faltaba para la canónica del almuerzo en dar el *primer paseo* artístico por la ciudad de los Fonseca y Maldonados.

VI

LA PLAZA MAYOR.—EL CORRILLO DE LA HIERBA

El primer paseo por toda ciudad monumental debe hacerse sin *cicerone* y sin *Guía* escrita, única manera de formar *juicio propio* de las cosas y admirarlas, o no admirarlas, independientemente de sugerencias y comentarios ajenos.

Esto hicimos nosotros aquella mañana: salimos a la calle a la buena de Dios; y como lo primero que divisamos fuese, a muy pocos pasos de la puerta del hotel, cierto arco de piedra que daba acceso a una gran plaza con árboles y jardines, nos

dirigimos allá resueltamente, no sin preguntarnos antes con tanto énfasis como si acabásemos de descubrir la India:

—¿Qué plaza será ésta?

Pronto leímos en los azulejos que era la *Plaza Mayor*, y pronto dedujimos de otras señales que era también la plaza del Ayuntamiento, la plaza de la *Constitución*, el foro salmantino.

Declaro que, *prima facie*, nos agradó mucho la tal plaza; y, verdaderamente, su conjunto es magnífico. Disputen los arquitectos y los meros aficionados al arte (nosotros disputamos también allí sobre ello) acerca de si la ornamentación peca de más o de menos barroca y pesada, sobre la desproporción que hay entre los huecos y los macizos, a tal punto que ciertos adornos y molduras parecen miembros principales de la obra, y sobre lo mucho que la composición se resiente del mal gusto dominante cuando se ejecutó (que fué en tiempo de los Churriguerras y de Borromino); pero, aun así, el aspecto general resulta noble, rico, decoroso, hasta regio...; digno, en fin, ya que no de la exquisita Salamanca, de cualquier adocenada corte. Además, la exornación moderna (jardines, fuentes,

candelabros, etc.) es sumamente agradable, y denota gran esmero y elegancia de parte de los Ayuntamientos salmantinos de nuestros días.

Aunque la *Plaza Mayor* parece cuadrada, no lo es, sino que forma un trapecio cuyos lados varían de 72 metros a 82. Todas las casas son iguales y tienen tres cuerpos. El cuerpo interior deja expedito un ancho pórtico, o sea unos soportales corridos, donde hay más de cien tiendas de comercio, muy variadas y bien surtidas. Los otros dos cuerpos son también arquitectónicos, y obedecen a un plan monumental dibujado por el célebre maestro don Andrés García de Quiñones, el cual no anduvo muy disparatado para lo que entonces se estilaba en el mundo... (Me refiero a 1710, fecha en que Don Felipe V visitó la ciudad y dió permiso para concluir la obra.)

Nicolás Churriguera, descendiente del famoso don José, y como él natural de Salamanca, encargóse de la ejecución, con otros arquitectos que no recuerdo ahora, y fué el exclusivo autor de una estupenda fachada (la de las *Casas Consistoriales*), recargadísima de hojarasca y de mil locuras de piedra, que debe de agradar mucho

generalmente, y que tampoco dejó de gustarnos a nosotros como *documento artístico*. ¿No andamos hoy comprando a altísimos precios marcos dorados y otros muebles de estilo barroco? ¿No está hoy de moda lo Pompadour y hasta lo Dubarry, tanto como ayer estaba lo gótico y anteayer lo pagano? ¡Pues ya hemos absuelto a los Churrigueras y sus discípulos, si no como doctrina y norma del arte, como hecho consumado y dato histórico, y con la condición de que no vuelvan!

En dicha fachada había dos excelentes bustos de Carlos IV y de María Luisa, ejecutados por uno de los más insignes entre los varios grandes escultores españoles que han llevado el apellido *Alvarez*. Refiérome a don Manuel Alvarez, llamado comúnmente *el Griego*, hijo también de Salamanca y autor de las cinco hermosas estatuas de la *Fuente de Apolo* y las *Cuatro Estaciones* que embellecen el Salón del Prado de esta coronada villa... Pues bien: los tales bustos fueron derribados y destruidos en no sé qué asonada popular, sin consideración alguna a su mérito artístico... ¡Y, sin embargo, todavía hay artistas que no son reaccionarios!

Muchos otros bustos de antiguos Reyes e ilustrados Capitanes hay en las enjutas de los arcos de los dos lados de la plaza; pero valen tan poco como esculturas, y es tan problemático su parecido, que el motín los respetó. Bastante más que todos ellos nos interesó una sencilla lápida que conmemora, en la fachada de la casa número 19, que allí *vivió y murió el famoso poeta salmantino* D. JOSÉ IGLESIAS.

* * *

Terminado el examen de la *Plaza Mayor*, atrajeron nuestra vista y despertaron nuestra curiosidad dos altísimas torres gemelas, dominadas por una cúpula y un cimborrio, y no exentas de majestad y gallardía, que asomaban a los lejos, hacia la parte del Sudoeste, por encima de las intermedias manzanas de casas.

—¿Qué será aquello?—volvimos a preguntarnos.

—Aquello... (respondió un bondadoso transeúnte, que nos miraba con tanta extrañeza como nosotros a las dos torres), *aquello es la Compañía.*

—¡Ah, ya!... *Los Jesuítas...*

—Justamente...; la grandiosa Casa de los Padres...

—Muchísimas gracias...—replicó el más *liberal* de nosotros cuatro, levantando la sesión con un saludó.

Y todos nos dirigimos allá resueltamente.

Pero no bien salimos de la *Plaza Mayor*, entramos en una plaza... mínima, que nos enamoró mucho más que la que dejábamos. ¡Tanto nos enamoró, que si los hijos del país hubiesen oído nuestras celebraciones, las habrían considerado irónicas y burlescas!

Porque se trataba de una plazoletilla triangular, de irregulares líneas y viejo y abigarrado caserío, donde no había dos balcones iguales, ni dos edificios simétricos, ni monumento alguno bueno ni malo; nada, en fin, que fuese elegante, ordenado, lujoso, o tan siquiera limpio. ¡Y en esto precisamente consistían su belleza artística, su encanto poético, su color histórico!

El *Corrillo de la Hierba* se llama aquel sitio. Se lo recomiendo a toda persona de buen gusto que vaya a Salamanca. Verá allí aglomeraciones de casas viejas, como las que figuran en las decoraciones teatrales o en los cuadros referentes a la Edad

Media; verá allí un variado y grotesco repertorio de balcones, aleros, guardapolvos y barandajes sumamente característicos; verá puertas chatas, paredes barrigonas, ventanas tuertas, pisos cojos y tejados con la cabeza dada a componer, como no los encontrará en ninguna otra parte. ¡Y qué escenas localiza en aquel sitio la imaginación! ¡Qué fondo aquel para un lienzo que representase el célebre motín en favor de los Comuneros, o las sangrientas riñas a que dió ocasión Doña María *la Brava*, o una de aquellas temerarias revueltas contra los franceses, coronadas luego de gloria por la batalla de Arapiles!

Además de los multiformes tenduchos que rodean la plazuela, y que le añaden animación y fuerza dramática, veíase a aquella hora una infinidad de *puestos* amovibles o *matutinos*; es decir, una multitud de lugareñas sentadas en el suelo, con su cesta de huevos al lado, y rodeadas de pollos, pavos y gallinas. Aquellas mujeres vestidas con pesadísimos dobles refajos, y liadas en una especie de manta, parecían montones de lana de vivos colores, de cuyo fondo salían pregones tan agrios y desapa-

cibles como el cacareo o los graznidos de las propias aves pregonadas.

Agréguese a esta algarabía el disputar de los hombres, los gritos de los muchachos, la charla de las criadas que hacían la compra, el ruido de los talleres, el son de unas campanas vecinas que tocaban a niño muerto, los perros ladrando, los pobres pidiendo limosna, bestias cargadas que iban y venían, y el correspondiente vocear del que las arreaba, y se formará juicio aproximado del *Corrillo de la Hierba* a las diez de la mañana de un día de octubre del ya casi octogenario siglo XIX.

De buena gana nos hubiéramos estado allí hasta las once; pero las torres de la *Compañía* seguían llamándonos, y no era cosa de desairarlas cuando alguno de nosotros acababa de cobrar en Madrid fama de jesuita. Continuamos, pues, nuestra marcha en aquella dirección, tomando por una solitaria calle, que creo se llamaba de *Sordolodo*.

VII

LA CASA DE LAS CONCHAS.—IGLESIA Y COLE- GIO DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.—MÁS IGLESIAS Y PALACIOS

Desde que penetramos en aquella calle, Salamanca tomó a nuestros ojos un nuevo aspecto. Ya no era la señorona del siglo pasado representada por la *Plaza Mayor*; tampoco era la revoltosa ciudadana del siglo xvi, que gritaba y luchaba en el *Corrillo de la Hierba*; ya era una dama gótica, tan severa como triste; mucho más triste, a decir verdad, que en la *calle de Zamora*.

La en que acabábamos de entrar y las

adyacentes eran angostas y torcidas, como anteriores al uso de los coches urbanos; blasones nobiliarios y portadas artísticas de la Edad Media adornaban sus ruinosas casas, y un silencio de muerte servía allí de melancólico acompañante a la romántica soledad. Ni una sola tienda profanaba aquellos portales. No se veía alma viviente ni en rejas ni en balcones. Dijérase que en tal barrio no vivía criatura humana. Parecía aquello, más que realidad de los tiempos presentes, engendro fantástico de un poeta de 1838, de un Espronceda, de un Zorrilla, de un García Gutiérrez.

Salimos al fin frente por frente del *Collegio de la Compañía*, y ya nos disponíamos a estudiar la enorme y suntuosa fachada de su iglesia, cuando reparamos que en la acera opuesta se alzaba una de las maravillas arquitectónicas más célebres de Salamanca; uno de los monumentos que íbamos buscando *ex profeso* en aquel viaje; uno de los palacios más bellos y singulares que nos ha legado el siglo xv. Me refiero a la *Casa de las Conchas*.

Nosotros la conocíamos, como todo el mundo, por la fotografía y por el grabado; nosotros habíamos contado muchas veces

con el dedo sobre el papel las elegantísimas *conchas* de piedra que cubren su extensa fachada... Pero hay que ver el edificio en el *original*, con su color y su tamaño, para formar completo juicio de su gentileza y hermosura. Hay que ver, por ejemplo, la *sombra natural* que proyectan las abultadas *conchas*, heridas por el sol, sobre la dorada piedra del pulimentado muro; hay que ver las cuatro preciosas ventanas, dos de ellas muy parecidas a ajimeces árabes, que interrumpen a largos trechos la planicie de aquellas paredes; hay que ver aquellas esquinas, de afilada y correctísima arista, como si fuesen de bruñido acero, y de las cuales se destacan, campeando en el aire, bellísimos escudos de piedra, que son otros tantos primores artísticos; hay que ver, en fin, aquellas otras grandes conchas de hierro que cubren a su vez, por vía de clavos, la gran puerta de entrada, y el precioso herraje de aquellas *melodramáticas* rejas (perdonadme el adjetivo), y aquel gran Escudo Real que *preside* la fachada, y todos aquellos perfiles aristocráticos y piadosos que ennoblecen el exterior de tan poético palacio... Ya he dicho que data del siglo xv. Así lo revela su arquitectura,

cuyo conjunto es gótico decadente con detalles platerescos; y así lo indican también el yugo y el haz de flechas, blasón especial de los Reyes Católicos, que se ven en el mencionado Escudo Real.

Las *conchas* que ostenta todo el edificio significan que el que lo mandó construir era caballero santiagués y que había ido o tenía hecho voto de ir en peregrinación a Compostela, así como los escudos con *cinco lises* que adornan las esquinas y la espalda del palacio, prueban que el tal santiagués pertenecía a la poderosa y esclarecida familia de los Maldonados de Salamanca.

Y, en efecto, la *Casa de las Conchas* fué primero de los Maldonados, señores de Barlos; luego la heredaron los marqueses de Valdecarza, y hoy la posee el cinco veces Grande de España conde de Santa Coloma, en su calidad de conde de las Amayuelas.

* * *

Por cierto, y perdonadme la digresión, que Francisco Maldonado, el célebre *comunero*, el compañero de Bravo y Padilla, el *degollado* del gran cuadro de Gisbert, no pertenecía a la rama principal de la

familia mencionada, de la cual era jefe, aunque tampoco dueño de la *Casa de las Conchas*, un don Pedro Maldonado y Pimentel, también afecto a la causa de las Comunidades, del cual me parece oportuno decir aquí algunas cosas, de todas sabidas, por si hay alguien que las tenga olvidadas, cosa que a mí me acontecía no hace muchas horas...

Notorio es que Salamanca acudió en auxilio de Segovia contra el alcalde Ronquillo, como casi todas las ciudades castellanas. Principió en Salamanca la cosa por un gran motín (¡indudablemente estalló en el *Corrillo de la Hierba!*), durante el cual quemó el pueblo una casa del mayordomo del terrible Fonseca, arzobispo de Santiago, derribó otras muchas y arrancó las varas a las autoridades. En tal coyuntura, el poderoso don Pedro Maldonado y Pimentel, creyendo que los victoriosos amotinados no podían hacer nada bueno en Salamanca, y si se lucirían muchísimo yendo en auxilio de los Comuneros, formó con ellos una crecida hueste y los llevó a luchar contra los imperiales. Los salmantinos lidiaron en diferentes jornadas con varia fortuna, que se les declaró al fin total-

mente adversa en los campos de Villalar. Al lado de Maldonado Pimentel, o mejor dicho, en las filas de su gente, peleó allí como bueno otro Maldonado, algo pariente suyo y también hijo de Salamanca, y ambos cayeron prisioneros después de su derrota. Fueron entonces condenados a muerte los principales cabecillas o jefes de Comuneros; pero como el don Pedro Maldonado Pimentel tuviese parentesco con el famoso conde de Benavente, consiguióse que el otro Maldonado, conocido por *el de la calle de los Moros*, muriese en lugar suyo con Bravo y con Padilla, cual si este bárbaro ardid pudiera deslumbrar a la opinión pública..., ni aun en tiempos en que no había periódicos. Y al cabo sucedió que los imperiales, después de guardar encerrado algunos meses a Maldonado Pimentel, diéronse cuenta de que nadie había sido engañado con la sustitución referida, y tuvieron que degollarlo también, me parece que en Simancas, un año después que a su homónimo. Por manera que el insigne don Pedro trocó por un año de vida los siglos de popularidad que ha disfrutado, y disfrutará todavía muchísimo tiempo, la memoria del pobre don Francisco, y el alto ho-

nor de figurar en el mencionado lienzo de Gisbert.

Conque volvamos a la *Casa de las Conchas*.

* * *

La puerta estaba abierta; llamamos, sin embargo, y no nos respondieron... ¿Qué hacer en tal apuro, sabiendo, como sabíamos por la fotografía y el grabado, que el patio era bellísimo?

Perdone el señor conde de Santa Coloma: el partido que tomamos fué colarnos de rondón en su casa, bajo la salvaguardia de nuestras buenas intenciones...

Y ¡qué patio vimos! Su estilo podía calificarse de mixto de gótico y mudéjar; las líneas generales tenían más de mudéjares que de otra cosa; en las ventanas y demás pormenores predominaba lo gótico. De una o de otra suerte, todo era allí gallardo, primoroso y del mejor gusto, causando verdadero asombro la prolijidad y esmero de la ejecución. Baste decir que la dura piedra semejaban trenzados de cuerdas como si fuese cáñamo, y hasta calados de encajes, como si fuera lino...

De buena gana hubiésemos llevado más

adelante nuestra exploración; pero no nos atrevimos a tanto, y salimos de aquella interesantísima casa como habíamos entrado en ella, llenos de respeto a su carácter señorial y religioso, y de admiración a sus bellezas artísticas.

* * *

Desventajosa en sumo grado para la arrogantísima *iglesia de los Jesuitas* (que, como he dicho, se alza frente a la *Casa de las Conchas*) es la transición de un edificio a otro. Todo lo que el caballeresco palacio gótico tiene de fino, delicado y como espiritual, lo tiene de pesado, rudo y meramente corpóreo el enorme templo greco-romano que erigió allí la Compañía de Jesús. Y aun todavía fuera menos tal desventaja si el estilo pagano de la católica iglesia se distinguiese por su pureza y corrección... (que, entonces, ya sería cuestión de gusto o de escuela entre clásicos y románticos); pero acontece que este suntuoso templo es *barroco* dentro de su mismo estilo, dado que pecó desde su origen contra las reglas clásicas y luego sufrió el pernicioso influjo de los peores tiempos de la arquitectura neogentílica.



Pero, ¿a qué cansarme en explicar lo que ya tiene su nombre propio? Esta iglesia de la *Compañía* es un nuevo ejemplar, sumamente característico, de la que hoy se llama en las Academias *Arquitectura jesuítica*, bien que exceda en majestad y hermosura a cuantas erigieron los discípulos de Loyola en España, Portugal y América.

Resumiendo: el templo de que tratamos sólo es *grandioso* por el *grandor* material de su tamaño y por los tesoros que representan tantísimas disformes piedras como se ven empleadas en su estupenda escalinata, en una portada inmensa, en dos reacias y vistosas torres, en una ingente cúpula coronada por altísimo cimborrio, y en infinidad de estatuas, agujas, escudos, bolas, molduras, balcones y ventanas; que de todo hay en aquella fachada, y todo gigantesco, descompasado, descomunal...

La *iglesia y colegio de la Compañía* fueron fundados por Felipe III y Margarita de Austria. Ambos edificios ocupan más de 20.000 metros cuadrados. Para construirlos, o sea para explanar el terreno en que se alzan, se derribaron dos iglesias y tres manzanas de casas, suprimiéndose dos calles enteras. Por cierto que la *Casa de las Con-*

chas se vió en peligro de venir también al suelo, y que si no se consumó semejante atentado, debióse, según unos, al valor cívico y tradicional cultura de los hijos de Salamanca, y, según conseja vulgar, a lo inadmisiblemente cierta humorística e indecorosa condición, que no creo llegara a formularse...

En el *colegio* hay habitación para 300 misioneros, y todos los salones, aulas y demás dependencias de una verdadera Universidad.

En fin: un portero nos dijo, como supremo encomio, que las llaves de toda la casa pesan diecinueve arrobas... ¡Qué español rancio es este criterio estético!

El interior de la iglesia no es tan grande de tamaño ni tan ostentoso de forma como hace presumir su exterior. De orden dórico, y sólo rico en vulgares retablos churriguerescos, resulta frío e insignificante. Únicamente llama allí la atención el *Retablo del altar mayor*, por lo enorme, colosal y complicadísimo de su estructura. Puede decirse que es una tempestad de pino y oro, al par que un motín contra las reglas arquitectónicas. En los fustes de las que no sé si llamar *columnas*, se ven enredadas

hojosas vides de tamaño natural, con sus racimos correspondientes; todo ello dorado y luego bruñido. Las gigantescas estatuas de los cuatro Evangelistas, que también forman parte de la *composición*, parece que cruzan un páramo en día de mucho viento: ¡tan infladas y revueltas están sus vestiduras!

Arrodillada en medio de aquel solitario templo vimos a una guapísima peregrina, demasiado hermosa, limpia y elegante para penitente, o, cuando menos, para excitar ideas de penitencia. Apoyábase en el báculo; pendía el amplio sombrero sobre su espalda de cariátide, y tenía fijos en el altar mayor unos grandes y relucientes ojos que parecían dos soles negros... Comedia o tragedia (yo creo piadosamente que sería lo último), aquella actitud, aquella santa vestidura, el lugar de la acción y nuestras propias circunstancias nos infundieron respeto, y ni nos curamos de preguntar a nadie quién era la peregrina, ni hemos vuelto a hablar de ella desde entonces...

Y es cuanto recuerdo de *la mejor casa que los Jesuitas tuvieron en España*. Esta frase no me pertenece: se la oí al ya difunto padre Manrique. Por mi parte debo

añadir que Salamanca debía tal desagravio a San Ignacio de Loyola, pues (como ya veremos más adelante) el celeberrimo fundador de la Compañía de Jesús fué procesado y estuvo preso en la ínclita ciudad del Tormes.

* * *

Libre nuestra atención del poderoso atractivo de la *Casa de las Conchas* y de la *iglesia y colegio de los Jesuitas*, volvió a fijarse en el carácter poético y artístico de aquel histórico barrio. Pero lo que ya nos asombraba en él no era tanto su aire de vejez y de romántica melancolía, como la grandeza monumental que siguió desplegando a nuestros ojos.

Calle de la Compañía se llama la que comienza en los edificios citados, y, así ella como todas las plazuelas, calles y callejas inmediatas, se componen de una sucesión de altas construcciones de piedra, o sea de una no interrumpida serie de palacios, de iglesias, de conventos, de colegios y de casas señoriales, que nos infundía respeto y veneración. Todo era allí monumento, como en algunos barrios de Ferrara, Pisa y Florencia. Por todas partes al-

zábense padrones de historia militar, de devoción, de aristocracia o de ciencia, según la arquitectura y destino de cada edificio. ¡Oh! No podíamos negarlo; estábamos en la Atenas castellana; estábamos en *Roma la Chica*.

¡Doquier piedra, silencio y soledad! Mas esta soledad no era ya medrosa como la de las ruinas o la de los cementerios: era plácida y augusta como la de los claustros. Cierto que nadie pasaba, ni parecía haber pasado hacía mucho tiempo, por aquellas nobilísimas calles; certísimo que altas hierbas crecían entre las losas y guijas del empedrado...; pero no sé si la presencia de tanto escudo de armas como adornaba las esquinas, las fachadas, las puertas, los cancelos, los balcones y las rejas de templos, colegios y palacios, o si lo bien conservados que se veían hasta los más menudos detalles arquitectónicos de cada página de piedra, o si la índole y forma cristianas de aquellos monumentos, les hacían aparecer vivos, subsistentes, militantes, como las cerradas ermitas que conservan su campana, como los mudos conventos en cuya portería arde por la noche una luz ante la imagen de María, o como los des-

nudos árboles del invierno, cuando se ve que sus ramas se doblan, pero no se quiebran al impulso de los huracanes...

¡Ah! Si... Salamanca no representa una edad pasada o una raza muerta, como acontece con muchas ciudades ricas en monumentos gentiles; Salamanca existe todavía con toda su antigua vitalidad, aunque en estación tan desfavorable. Y existe porque no ha caducado enteramente la civilización a que debió su vida; porque los ideales de que son noble símbolo sus iglesias y sus colegios siguen imperando en la nación que reconstruyeron los Reyes Católicos; porque, ya que no dentro de las viejas murallas que besa el Tormes, a lo menos en los flamantes hoteles del ensanche de Madrid se perpetúan, con sus antiguos blasones, las familias aristocráticas que levantaron aquellos palacios que nosotros íbamos viendo; porque subsiste, en fin, la Religión cristiana, la Monarquía española, la Nobleza de Castilla y hasta las democráticas leyes patrias que defendieron las Comunidades; es decir, todos los veneros de la grandeza salmantina.

Si todo esto desapareciese, Salamanca, por muy bien conservados que guardase sus

monumentos, no pasaría de ser un cadáver, como Nínive o Pompeya.

Pero dejémonos de discursos, y enumeremos, siquiera rápidamente, las cosas que vimos aquella mañana antes de regresar a la fonda.

* * *

En una esquina próxima al colegio de la Compañía leímos en letras de oro, y sobre marmórea lápida, que allí vivió el gran poeta Meléndez Valdés.

Más abajo descubrimos la que un azulejo denominaba *Plazuela de San Benito*, la cual más que plaza, parecía el compás de una Cartuja. Tampoco había allí gente. Lo único que allí había era una hermosa iglesia, consagrada al Santo que da nombre a aquel lugar; iglesia que, según supimos luego, había servido además de panteón a la familia de Maldonado, cuando era lícito dormir el sueño eterno al pie de los altares, o sea en tiempos en que no se anteponía a todo la *higiene*.

Después fuimos hallando muchas casas góticas o platerescas, en cuyas lindísimas portadas se veían grandes escudos que nos indicaban la familia a que pertenecían o

habían pertenecido. El *sol* de los Solís, las *cinco lises* de los Maldónados, y, sobre todo, las *estrellas* de los Fonseca, abundaban más que ningún otro blasón.

Y aquí debo apuntar que la casa de Fonseca fué durante siglos la más poderosa de Salamanca, así en lo civil como en lo eclesiástico, y que, aparte de sus grandes guerreros, la hicieron célebres en toda la cristiandad aquel severísimo arzobispo de Santiago y patriarca de Alejandría, de que tanto hablan las historias, y otro arzobispo de Santiago y de Toledo, hijo suyo, a quien debieron los salmantinos importantísimas fundaciones, como diremos oportunamente.

De la plazuela de San Benito pasamos a otra no menos solitaria y monumental, denominada *del Aguila*, siendo de advertir que, como no encontrábamos a nadie que pudiese indicarnos el camino, teníamos que guiarnos por la posición del sol, a fin de llegar pronto al hotel, pues iba siendo hora de almorzar..., en su reglamento y en nuestro estómago.

En la *plazuela del Aguila* se eleva un hermoso edificio grecorromano, que colegimos sería la famosa *iglesia de las Agustinas*, de que tanto habíamos oído hablar

en Madrid. Ni por un instante nos ocurrió penetrar en ella, sino que dejamos su examen para la tarde o para el día siguiente, a fin de estudiarla con el debido detenimiento.

Pero de un peligro caíamos en otro, y cuando más apretábamos el paso, mayores prodigios arquitectónicos nos salían al camino tratando de detenernos.

De la *plaza del Aguila* pasamos a la de *Monterrey*, y nos encontramos frente a frente del magnífico palacio de este nombre, que es otra de las maravillas de Salamanca, según podéis ver en los escaparates de los fotógrafos de esta villa y corte, y que sirvió de modelo para el Pabellón Español de la Exposición de París de 1867.

Huímos, pues..., bien que jurándonos volver al cabo de pocas horas. Y no huíamos ya solamente para que no se enfriara el almuerzo, sino porque nos aturdió aquella rápida sucesión de emociones, tanta nueva belleza, tanta poesía, tanta historia, tanto portento de diverso orden, como llamaba nuestra atención por todas partes y a un mismo tiempo. ¡Necesitá-

bamos descansar, hacer algunos apuntes, descargar nuestra memoria!...

Llegamos, al fin, al hotel... Y considerando yo ahora que mis lectores estarán también necesitados de algún reposo, pongo punto a este capítulo, dejando para el siguiente el hablarles del almuerzo y de otras cosas interesantísimas, ninguna de las cuales (dicho sea entre paréntesis) tendrá nada que ver con la Arquitectura.

VIII

LA PLAZA DE LAS VERDURAS.—LA FRONTERA DE PORTUGAL.—EL REY DE LOS TÍOS.—UN TRAJE DE CHARRA.—LA CALLE DE LA RÚA.—
LA UNIVERSIDAD.

Del almuerzo que nos aguardaba en la fonda debo decir, no como dato oficioso y trivial, sino para instrucción de los viajeros que vayan a Salamanca, que nada tenéis allí que temer y sí muchos goces que prometeros, por muy gastrónomos y delicados que seáis. El *hotel del Comercio* se encargará de no desmentirme. ¡Qué tortillas! ¡Qué truchas! ¡Qué jamón! Y ¡qué peras... *de cristal!* (Este era su nom-

bre.) Lo único medianejo fué el vino...; pero a bien que nosotros teníamos todavía en nuestra despensa ambulante, no de *lo nuevo* (que dice el marido de Inés en los versos de Baltasar de Alcázar), sino de *lo bueno*.

Para colmo de satisfacción, almorzamos en muy grata compañía; pues habéis de saber que, cuando llegamos a la fonda, nos encontramos con que nos aguardaban en nuestro cuarto aquellos antiguos amigos que, según indiqué en el capítulo primero, tenía yo en Salamanca. Era uno de ellos el distinguido escritor que suele dirigir preciosas cartas a *La Epoca* bajo el seudónimo de la *Baronesa del Zurguén*, y cuyo verdadero nombre (tiempo es que lo sepa el público, aunque el interesado se enoje de mi locuacidad) es don Ramón Losada. Otro era el erudito cronista de la provincia y aventajado poeta don Manuel Villar y Macías. Era el tercero... (no en persona, por hallarse algo malo, mas representábalo un su sobrino) el dignidad de chantre de aquella Catedral don Camilo Alvarez de Castro, de quien hablaremos luego. Diré aquí solamente que su sobrino y representante, el presbítero don

Eliás Ordóñez, no tardó en hacernos conocer cuánto valía por sí propio, o sea por su mucha instrucción y buena crítica. Y estaba, en fin, allí el menor de los dos discretísimos hijos y herederos del talento de Losada... En cuanto al primogénito, también *antiguo* amigo mío (pues le conocí cuando todavía no le apuntaba el bozo), hallábase en el campo con su señora madre.

Pero ¿cómo habían sabido aquellos señores (a quienes pensábamos ir a ver después de almorzar) que estábamos en Salamanca? El caso había sido muy sencillo: un madrileño que nos conocía de vista, pero que no nos trataba, nos vió llegar a la estación; el madrileño se lo dijo a un compañero suyo de oficina, que era amigo mío; el amigo mío, que sabía mi intimidad con Losada, fué a casa de éste en nuestra busca; Losada envió en seguida recado al chantre y a Villar y Macías, y organizóse en el acto una batida general por todas las fondas y casas de pupilos, comenzando por el *hotel del Comercio*.

—¿De modo (exclamamos nosotros) que ni Frontaura ni su policía saben nuestra llegada a Salamanca?

—Creemos que no; pero aunque el Gobernador la supiera, no podría acudir a ustedes hasta las dos de la tarde. Hoy es el cumpleaños de la Reina doña Isabel II, y, con tal motivo, hay besamanos en el Gobierno civil; o, mejor dicho, el Gobernador recibe corte. Si quieren ustedes, nosotros, cuando vayamos a la recepción, le diremos que están aquí.

—¡De manera alguna! Nosotros debemos procurar que Frontaura ignore nuestra llegada a su *ínsula*, a fin de sorprenderlo y de poner en solfa a sus esbirros e inquisidores.

—Pues entonces optamos por no asistir al besamanos oficial, y luego iremos con ustedes a ver a Frontaura.

—¡Admirable idea! De este modo podrán ustedes hacernos el obsequio de acompañarnos ahora mismo a visitar la *Universidad*...

—Con muchísimo gusto...

—Pues andando.

* * *

Ya que este capítulo ha comenzado en estilo familiar, y que son muchas las intimidades en él referidas, aprovecho la oca-

sión de deciros, para que nos entendamos mejor, que mis tres compañeros de viaje eran: un ex ministro de Hacienda, muy aficionado a las Bellas Artes y competentísimo en ellas y en otras muchas cosas; un ex diplomático y ex consejero de Estado, dado a la arqueología, a la numismática y a la indumentaria, el cual conoce por su nombre a todos los baratilleros del Rastro de Madrid, y uno de nuestros más afamados pintores, que ganó en la Exposición Nacional de hace algunos años el primer premio de Pintura de Historia.

Pues bien: este pintor y yo declaramos, al salir del hotel, que nosotros, por razón de oficio, teníamos obligación de estudiar, no sólo obras de arte, sino costumbres, tipos, paisajes y otras escenas pictóricas o novelescas, y que, por consiguiente, sin perjuicio de ir a la *Universidad* y a todos los edificios monumentales de Salamanca, deseábamos contemplar también los sitios, las perspectivas y los cuadros *naturales* más característicos de la ciudad, añadiendo (para que el ex ministro y el ex consejero comprendiesen bien nuestra pretensión) que en el *Corrillo de la Hierba*

nos habíamos quedado con hambre de aprendernos de memoria a *aquellos tíos*, o sea a aquellos vendedores y compradores, adornos y mercancías.

Nuestros compañeros de viaje hallaron muy justa esta demanda, y, en su virtud, los bondadosos salmantinos que a todos nos servían de *cicerone* nos prometieron hacernos dar cuantos rodeos creyesen interesantes, aunque tardásemos mucho tiempo en llegar a la *Universidad*.

Principiaron, pues, por llevarnos a la *Plaza de las Verduras*, contigua a la Mayor, no sin que antes, al pasar nuevamente por ésta (y prescindiendo ya de aficiones y leyes arquitectónicas), nos detuviésemos a mirarla con ojos de amantes de la Pintura y de la Poesía; y a fe que nos maravilló sobremanera y arrancó celebraciones generales el pintoresco efecto que hacía la proyección de los verdes árboles sobre la dorada piedra de arcos y fachadas, así como el recorte de estos mismos dibujos monumentales sobre el cielo azul y purísimo de aquella hermosa mañana de otoño...

Pasamos entonces a la *Plaza de las Verduras*.

La *Plaza de las Verduras*, extensísima, muy desnivelada, de trazado irregular, con grandes y viejos edificios históricos, y con otros vulgares y feísimos, viejos también, nos pareció una ampliación del *Corrillo de la Hierba*. Su lado más largo y más alto estaba todo lleno de puestos de frutas, legumbres y otros comestibles. Veíanse allí, en lechugas, pimientos, escarolas, cardos, acelgas y coliflores, todos los verdes de la paleta de nuestra madre Natura, mientras que las peras, los melocotones, los nísperos, los tomates, las manzanas, las uvas, los higos, las naranjas, las granadas, los limones y otros frutos, ostentaban variados colores y despedían ricos aromas.

Nada hay más hermoso y agradable en el comercio (a lo menos para mí) que estos bazares, vulgo mercados, en que se venden la inocencia y hermosura naturales y la eterna verdad campesina... Allí no había falsificación, violencia ni engaño alguno: aquellas manzanas eran manzanas; aquellas uvas eran uvas; aquellos higos eran higos, y todo aquello había brotado amorosamente del seno de la tierra para alimentar al hombre. En com-

paración de los puestos de frutas y legumbres, ¿qué son las carnicerías, las pescaderías, las tiendas de caza y los rimeros de latas llenas de conservas? ¡Cementerios, campos de batalla, losas de hospital; algo que representa la muerte en lugar de la vida! ¡Ah! ¿Por qué no se contenta el hombre con ser herbívoro?

Y ¡qué *color* (pictóricamente hablando), o qué variedad de colores fuertes (para decirlo con más claridad) en los trajes de vendedoras y vendedores, de compradores y compradoras! ¡Cuánta ropa, a principios de octubre! ¡Cuánta lana! ¡Qué refajos, qué mantas, qué capas, qué capotes, qué anguarinas!

Por el abrigo y color general, así como por el dibujo o hechura, la indumentaria de aquellas gentes recuerda a León y Galicia. Y es que la provincia de Salamanca forma ya parte de aquel triángulo Noroeste de nuestra España por donde no se va a ninguna parte. Por Andalucía, que es otro rincón, o, mejor dicho, otro *cujón* de Europa (subrayo esta palabra, porque todavía no está en el Diccionario), se va a Africa, se va a América, se ha ido a Filipinas... Así es que allí no se detiene

nada; allí no hay remanso; allí corre el tiempo; allí cambian las modas. Pero en el *cujón* Noroeste de la Península no circula el aire de las mudanzas; en él se estaciona todo, lo mismo las modas que los sentimientos; cosa que, por idéntico motivo, acontece también en otro país de análoga situación: en la Bretaña de Francia.

Y no se me diga que por Salamanca se va a Portugal... ¡La frontera lusitana es peor que la del agua! ¡Es una frontera de hielo! El Miño resulta más ancho, más hondo y más amargo que el Océano.

Volviendo a las salmantinas rurales, diré que, más que sus refajos amarillos y sus pañuelos en la cabeza (*toilette* frecuente en España), llamó nuestra atención una manta larga y angosta, de mucho abrigo y vivisimos colores, que llevaban sobre los hombros y luego cruzada sobre el pecho. Esta especie de *schal* oriental se llama la *sayaguesa*, porque proviene del pueblo de Sayago, en la limítrofe provincia de Zamora.

La salmantinas tienen renombre de guapas y valientes. Lo primero puedo asegurarlo: en la *Plaza de las Verduras* había

más de una refajona que nada habría perdido en aligerarse de tres o cuatro arrobas de lana. Por lo que toca a su valentía, ya Plutarco la calificó de heroica al citar el denuedo con que libertaron a sus padres, hermanos y maridos, presos en poder de Anibal, y yo debo añadir que hechos posteriores, y aun de este siglo, demuestran que las matronas del Tormes no han degenerado de su antigua pujanza. Pero no se deduzca de este párrafo que a mí me gustan las mujeres valientes: yo creo (o creía, cuando pensaba en estas cosas) que uno de los mayores encantos de las hembras es la pusilanimidad.

Y basta ya de verduleras.

* * *

Desde el Mercado nos dirigimos, dando un rodeo, hacia la *calle de la Rúa*, cuyo anticuado aspecto habíamos oído celebrar mucho; pero antes, al pasar por cierta solitaria plazuela, tuvimos que hacer otra parada para contemplar a dos notabilísimos personajes que, rodeados de gran número de bestias y de montones de costales llenos y vacíos, contaban dinero a

la puerta de una vetusta casa, como si en ella acabasen de comprar o vender trigo, cebada, maíz o cosa tal.

Eran dos *charros*, quiero decir, eran dos soberbios ejemplares de la más peregrina singularidad social e indumentaria de esta tierra. Eran dos hombres colosales, hermosos, con aire de muy ricos, vestidos suntuosísimamente, con chaqueta y calzón corto de terciopelo negro y chaleco de raso azul, todo ello muy adornado de gruesos y pomposos botones de plata, y con unas camisas tan bordadas, rizadas y llenas de primores, que cada pechera representaba el trabajo de seis años de una comunidad de monjas. Cualquiera de aquellos dos arrogantes y espléndidos rústicos habría sido llamado con razón *El Rey de los Tíos...* Y, en efecto, por su corpulencia, por su lujo y por su inocente y cómica ufanía, había en ellos mucho de pavo *real*.

La *Baronesa del Zurguén* nos dijo que eran dos *charros* de primera, y que debían de proceder del campo de Ciudad-Rodrigo, tierra clásica de los tales prójimos nuestros. En Salamanca los hay también. Casi todos los labradores de la

Puerta de Zamora visten de charros, con más o menos ostentación, y en el Ayuntamiento de la aristocrática ciudad del Tormes hay *siempre* un concejal de tal clase, con su traje y todo. Los ya dichos *clásicos* del campo de Ciudad-Rodrigo se habian de vos muy formalmente.

El mismo Losada nos invitó entonces a llegarnos a su casa, que no estaba lejos, y nos enseñó un traje completo de *charra*, cuidadosamente guardado en antiquísimo cofre, y causáronnos asombro el lujo y el gusto, verdaderamente regios, de aquellas vestiduras. Paños, terciopelos y rasos, recamados y bordados de oro con tanta gracia como profusión; encajes, tules, preciosas cintas, ricas joyas y otros accesorios de gran mérito y coste componían aquel raro uniforme, que me recordó los trajes que las judías ricas sacaban a relucir los sábados en Tetuán.

Y, a propósito, ¿qué son los *charros*? ¿No se diferencian del resto de los españoles más que en la ropa? ¿Constituyen raza aparte? ¿Tienen alguna organización social íntima y secreta? Yo no lo sé, ni me he acordado de preguntarlo en Madrid a personas más leídas o instruidas que yo.

Pero es cosa que debe de constar en muchos libros... Ya lo averiguaré con el tiempo; y, si no, me moriré con esta dulce ignorancia, que tanto campo deja a las suposiciones de mi fantasía.

* * *

En el ínterin, y no sin grande emoción, seguíamos marchando hacia la veneranda *Universidad*, que, como todos sabéis, es una de las mayores glorias de España.

Pero, antes de darle vista, aún nos detuvimos un poco en la *calle de la Rúa*, digna por todo extremo de su renombre. Yo no recuerdo haber pasado en pueblo alguno por calle que tenga tanto carácter de autenticidad secular; donde tan íntegros e intactos se vean los antiguos usos y costumbres; donde tan viva y patente se toque la España de la Edad Media, no ya representada por mudos monumentos ni aislados edificios, sino por las tiendas y por los talleres que siguen abiertos al público; por las mercancías que en ellos se venden o se elaboran; por la disposición de sus escaparates, mostradores y armarios; por las industrias allí fehacientes;

por todas las casas, sin excepción alguna, desde las de aspecto señorial hasta las más humildes y vulgares; por sus vidrieras, visillos, cortinas, esteras y zarzos; por los muebles en activo servicio que se columbran en algunas salas bajas; por el color, el empedrado y hasta los transeúntes de la misma calle; por todo, en fin, lo que es su estado presente, su movimiento actual, su existencia social de hoy...

Abundan en aquella calle las tiendas de filigranas de plata y oro, trabajadas éstas del propio modo que en tiempos de la Reina Católica, y había también bastantes librerías... ¡Librerías en Salamanca! ¡Era de esperar! Estábamos en la patria del saber... Pero, ¡ay!, ya dista mucho el comercio de libros de Salamanca de lo que fué antiguamente... Yo he leído que cuando el famoso don Antonio Agustín era estudiante (él mismo lo refiere), había en la ciudad 52 imprentas y 84 librerías.

En todo lo demás, nosotros cogíamos intacta y con el polvo de los siglos la decrepita *calle de la Rúa*. Y no sólo aquella calle, sino el resto de Salamanca; pues es de advertir que éramos sus primeros

visitadores después de la inauguración del ferrocarril, a que asistieron su majestad el rey y su comitiva... Aún no se había profanado nada por insustanciales curiosos; aún no se había alineado, revocado ni *hermoseado* cosa alguna, defiriendo a las críticas de los doctores madrileños de ornato público a la moderna; aún Salamanca era Salamanca... ¡Quiera Dios que continúe así todavía!

Pero basta ya de humoradas y de bromas. Descubrámonos y saludemos... Hemos llegado a la *Universidad*.

* * *

Más que un edificio, la *Universidad* de Salamanca es un barrio de la ciudad.

Altas y simétricas construcciones, de varia y magnífica arquitectura, forman tres lados de una extensa plaza cuadrilonga. Todos aquellos nobles alcázares dependen de la *Universidad* propiamente dicha, cuyo gran palacio, separado de los demás por el angosto paso de una calle, ocupa el cuarto lado y preside majestuosamente aquel Foro de las ciencias.

Pálido y débil, comparado con la rea-

lidad, será siempre cuanto se diga en elogio de la bellísima fachada del Capitolio de la sabiduría. Hállase labrada en el más primoroso y delicado estilo del Renacimiento, y parece una enorme filigrana calada en piedra por los plateros de la calle de la Rúa, parece un trabajo chino de marfil, parece la mística puerta de algún lugar santo. Benvenuto Cellini se hubiera enorgullecido de cincelar en oro una creación semejante. Los árabes que bordaron la Alhambra habrían declarado también que sus mejores templetes y camarines no excedían en finura, suntuosidad e idealismo a tal maravilla del arte cristiano.

Gloria de los Reyes Católicos es aquella página de piedra, y así lo pregonan los bustos de Fernando e Isabel, que ocupan un gran medallón sobre la puerta principal; así lo confirma el venerable escudo de sus armas, y así lo reza terminantemente una leyenda o rótulo, que dice en griego: «*Los Reyes a la Universidad, y la Universidad a los Reyes.*»

En los amplios muros de los otros edificios que forman la plaza, esto es, en las paredes de las vastas y monumentales dependencias universitarias, del Hospital de

Santo Tomás para el socorro de estudiantes pobres, y de las Escuelas Menores o *Instituto* (cuya linda fachada es plateresca), vense, desde el suelo hasta muy grande altura, los infalibles, clásicos letreros encarnados y los tradicionales *víttores* en abreviatura que escribió el entusiasmo estudiantil, en siglos ya pasados, con motivo de tales o cuales reñidas oposiciones...

Al leerlos, parecíame estar en aquellos templos de ruidosísimas controversias escolásticas, cuyo estrépito llenaba toda la nación, preocupando y agitando lo mismo a los eclesiásticos que a los seglares, así a los plebeyos como a los nobles y a los mismos reyes; y aun recordaba que en mi niñez figuré en algún bando de seminaristas en pro o en contra de este o aquel opositor, y escribí también con almagre rótulos como aquéllos... ¡Ay!, pasó ya la boga y la importancia de tales lizas, como antes habían pasado las justas y los torneos, y como pasarán sin duda alguna, cuando les llegue su hora, estas empeñadas luchas electorales y parlamentarias que hoy apasionan tanto a los pueblos... Lo que nunca pasará ni cambiará es el fon-

do de las cosas humanas, que siempre resulta el mismo: ¡vanidad y discordia, con diferentes nombres o pretextos!

En medio de aquella plaza, compás o patio, y dando frente a la *Universidad*, álzase desde la primavera de 1868 la *Estatua de Fray Luis de León*, discípulo que fué, y luego catedrático, de aquel emporio del saber. Por ninguna parte se veía alma viviente. No sé si a causa de la festividad del día, o de ser la una de la tarde, ni fuera ni dentro de la *Universidad* (según vimos después) había nadie que turbara el religioso silencio y melancólica soledad de tan venerandos sitios...

Nosotros nos sentamos al pie de la estatua, y nos pusimos a recapacitar en la historia y en la grandeza de cuanto teníamos ante la vista. Nuestra emoción era verdadera, profunda, unánime, y, por lo tanto, silenciosa... Únicamente oíamos, o creíamos oír, sobre nuestra cabeza, una gran voz, la voz de Fray Luis, que repetía con dulce y formidable acento, como al salir de la prisión:

«Decíamos ayer...»

* * *

No intentaré en manera alguna contar la historia ni hacer la descripción de la *Universidad* salmantina. Semejante empeño requeriría un tomo en folio. Diré solamente las cosas de más bulto, tal y como vayan presentándose a mi memoria.

Fundó la *Universidad* Alfonso XI, rey de León, padre de San Fernando.

Durante mucho tiempo estuvo albergada (¡significativa hospitalidad!) en la *Catedral Vieja*; pero reinando Alfonso XI se emancipó de la dirección del Obispo de Salamanca y se hizo *pontificia*. Es decir, que desde entonces el Papa fué el verdadero *Rector*, teniendo en ella por Delegado al Maestrescuela de la Catedral, a cuya dignidad iba anejo el cargo de Cancelario de la Universidad. Este era quien confería los grados y ejercía el juzgado eclesiástico y civil-escolástico, con autoridad real y pontificia. El Rector no era más que el jefe administrativo y económico del Establecimiento.

Llegó a contar, por término medio, unos ocho mil estudiantes, y aún recuerdo haber leído que, en algunas matrículas, éstos ascendieron a doce mil.

En 1569 las cátedras eran setenta: diez

de Cánones, diez de Leyes, siete de Medicina, siete de Teología, once de Filosofía, una de Astrología, una de Música, una de lengua Caldea, una de Hebreo, cuatro de Griego y diecisiete de Retórica y Gramática.

Allí hubo estudiantes de todas las naciones, y muy principalmente ingleses e irlandeses católicos, después que abrazó la Reforma Enrique VIII. De esta última tierra no falta aún en Salamanca un contingente fijo de escolares, como veremos después al hablar del *Colegio de Irlandeses*.

En la Universidad de Salamanca explicaron maestros tan insignes como Nebrija, Fray Luis de León, Melchor Cano, el Brocense, Fray Domingo Soto, Covarrubias, etc., y aprendieron los santos siguientes: San Juan de Sahagún, Santo Tomás de Villanueva, Santo Toribio de Mogrovejo, San Juan de la Cruz, San Pedro Bautista, San Miguel de los Santos y el Beato Juan de Rivera. Cursaron también en aquellas aulas los grandes fundadores Diego de Anaya y el Cardenal Jiménez de Cisneros, los célebres historiadores don Diego Hurtado de Mendoza, Bartolomé de

las Casas, Zurita, Nicolás Antonio y Ambrosio de Morales, el famoso conquistador Hernán Cortés, los sabios escritores Arias Montano, D. Antonio Agustín, Chumacero y Saavedra Fajardo, y los insignes literatos y poetas Cervantes, Villegas, Meléndez Valdés, Iglesias, Jovellanos, Cienfuegos, Quintana y D. Juan Nicasio Gallejo.

Confundida desde hace mucho tiempo la *Universidad* con la Catedral, los doctores tienen asiento en el coro, y los canónigos en los actos universitarios.

A fines del reinado de Felipe II, esto es, en lo más cerrado del absolutismo, todavía se proveían las cátedras a pluralidad de votos de los estudiantes de la respectiva asignatura, e igual procedimiento democrático se empleaba para la elección de consiliarios.

En la *Capilla Pontificia* de la *Universidad* no se pedía, ni se pide hoy, por el obispo, sino por el Papa y por los doctores del Establecimiento.

Cada nuevo Papa dirigía a la *Universidad* salmantina una carta especial, participándole su elección; y cuando había en Castilla nuevo Rey, la *Universidad*, en

vez de enviarle procuradores que le presetasen pleito homenaje, se reunía como en Cortes, por su propia cuenta, y le juraba fidelidad directamente.

En el claustro de las antiguas *Escuelas Mayores*, vimos una leyenda en que se dice que, «congregados por Alfonso X (el Sabio) los varones más doctos de aquella Academia, se consiguió por último concluir las *Leyes Patrias* (Las Siete Partidas) y las *Tablas Astronómicas*».

La Universidad tenía muchos locales o sucursales en la ciudad, con el nombre de *Colegios incorporados*. Entre ellos se contaban cuatro *Mayores*, cuatro *Militares* (de las Ordenes de San Juan, Santiago, Calatrava y Alcántara), veintiún *Menores* y dos *Seminarios*. Casi todos ellos ocupaban soberbios edificios monumentales con muchas dependencias. ¡Es decir, que toda Salamanca era Universidad, y lo es todavía, y lo será siempre en la mente de las generaciones, como Toledo es su Catedral, y Granada su Alhambra, y cada ciudad aquello que le dió vida y grandeza y a cuya sombra amiga nacieron y prosperaron los demás elementos de su esplendor y poderío!

«Tesoro de donde proveía a sus reinos de gobierno y de justicia», llamó Carlos V a la *Universidad* de Salamanca; y eso que Carlos V fué más europeo que español.

* * *

Después de contemplar y conmemorar todas estas cosas, sentados al pie de la estatua de Fray Luis de León, penetramos al fin en la *Universidad*, y recorrimos con profundo respeto aquellos antiguos claustros, donde se pasearon, en la alegre edad de su adolescencia, tantos y tantos hombres ilustres.

Admiramos los magníficos *artesonados* de aquellos techos. Visitamos la *Capilla Pontificia*, y en ella adoramos los restos de Fray Luis de León, encontrados hace doce años en las ruinas de su convento de San Agustín (de que ya sólo queda el sitio de la ciudad del Tormes) y guardados hoy en decorosa urna de mármoles blanco y negro, que ocupa una hornacina de dicha capilla. Y del propio modo, o sea con igual veneración que ya habíamos visto la estatua y la tumba del gran maestro, vimos después su *aula* y su *cátedra*...

El *aula* tiene los mismos bancos de tosco pino en que se sentaron los discípulos de Fray Luis. Dichos bancos se reducen a una viga sin alisar, para asiento, y otra por delante para apoyar el libro. Estas segundas vigas están muy labradas por los cortaplumas de los estudiantes, que han tallado en ellas, durante siglos, iniciales, fechas, cruces y caricaturas.

La *cátedra* es también de pino viejo; pero no nos pareció contemporánea del autor de la *Profecía del Tajo*, sino mucho más moderna. De cualquier modo, en aquel paraje fué donde exclamó: «Decíamos ayer...» al reanudar, después de largos años de cautiverio, sus lecciones de Teología y de Literatura Sagrada.

Mucho hablamos allí y muchísimo más nes quedó que hablar acerca del célebre agustino, de sus inspiradas poesías, de sus hermosos escritos en prosa, del error en que se estuvo mucho tiempo creyéndolo hijo de Granada, por haberlo confundido con el otro insigne Fray Luis, y del excelente drama del segundo marqués de Gerona, titulado *Fray Luis de León...* Pero ya se había concluído el besamanos; eran las dos, y decidimos ir a buscar, sin

pérdida de tiempo, al amigo Frontaura, al festivo autor de *El Caballero particular*, al ingenioso director de *El Cascabel*, al muy bien conceptuado gobernador de Salamanca, que nada sabría (tal ilusión nos halagaba por lo menos) de nuestra estancia en la capital de sus dominios..

IX

IAS DOS CATEDRALES.—EL CONVENTO DE SANTO DOMINGO.—EL TORMES.—LA ARCADIA SALMANTINA.—UNA VISITA A LA ANTIGUA ESPAÑOLA.

¡Maldición! (como diría un poeta romántico).

¡Frontaura lo sabía todo y sus polizontes nos buscaban por Salamanca hacia ya dos horas!

Grande fué el regocijo del famoso escritor al encontrarse con gente madrileña. En seguida resignó el mando, por decirlo así, y se agregó a nuestra correría artístico-poética, cuya dirección en jefe llevaba Losada.

Estuvimos, pues, juntos toda la tarde, y juntos anduvimos más de dos leguas por templos, calles y plazas..., y hasta por el campo, a pesar del mucho frío que había vuelto. (Y, a propósito del frío, diré que los vientos dominantes en Salamanca son el Norte y el Poniente, y la enfermedad más común la tisis.)

Primero fuimos a la *Catedral Nueva*, que nos pareció muy hermosa, aunque no comparable (perdonen los salmantinos) con la de Toledo, con la de Sevilla, ni con la de Burgos. Es del período *flamboyant* del gótico, y lo que le falta en severidad y unción mística lo tiene en lujo de primorosos adornos... Todos convienen en que, no obstante sus líneas ojivales, pertenece al Renacimiento por la ornamentación.

Centenares de estatuas adornan sus fachadas; las agujas pasan de doscientas. El conjunto resulta grandioso.

La fachada de Poniente es la más bella, y la *Puerta de Ramos*, notabilísima. Su *medio relieve central*, tan reproducido por el grabado y la fotografía, y que representa la *Entrada de Jesús en Jerusalén*, merece el nombre de prodigio artístico. Por lo demás, todas las fachadas de este bien

situado templo presentan ventajosas perspectivas, que hacen crecer su hermosura y su importancia. La cupula es atrevidísima, cuanto resulta fea y abrumadora la descompasada torre.

La *Catedral Nueva*, comenzada en 1513, no se terminó hasta 1733, y eso que corría mucha prisa acabarla, visto que no cabían decorosamente en la *Catedral Vieja* los 65 prebendados, 25 capellanes, 24 niños de coro y 12 acólitos que asistían a los oficios cotidianos.

Dibujó la obra y construyó la parte principal de ella el célebre Juan Gil de Ontañón.

Por dentro, la Catedral es esbelta y elegante, aunque el coro estorba mucho para enfilear sus naves con la vista. En cuanto a las pinturas, sepulcros, verjas y otros preciosos pormenores que le adornan, su enumeración sería interminable. Sólo llamaré la atención hacia los *cuadros* del pintor salmantino Fernando Gallegos, que es la especialidad pictórica de esta ciudad, y recomendaré muy especialmente que se visite en la capilla del Carmen, no por su mérito artístico, sino por devoción histórica, el *Sepulcro del Obispo Visquío*

(de quien hablaré muy luego), y que se procure ver *El Cristo de las batallas*, que este prelado llevaba en la guerra, y *El Cristo chico del Cid*, venerandos objetos que no se contemplan sin grande emoción.

* * *

Pero ¿qué es la *Catedral Nueva* comparada con la *Catedral Vieja*?

Entre las notas y apuntes que llevábamos de Madrid, había una de cierto distinguido académico de Bellas Artes, que decía así: «Recomiendo a ustedes en Salamanca la *Catedral Vieja* (bizantina de veras, y no de pega), con su soberbio retablo *cinquecento*, de un cierto Nicolás Florentino, de quien no tuvo noticias Ceán Bermúdez, con sus magníficos sepulcros del mismo siglo, de *escultora pintada*, y con preciosas tablas de Fernando Gallegos en el claustro.»

Razón tenía el académico. No bien fijamos los ojos en la *Catedral Vieja*, los cuatro expedicionarios convinimos en que ella, la portada de la *Universidad* y la *Casa de las Conchas* eran lo mejor que hasta entonces habíamos visto en Sala-

manca, y que cualquiera de estos monumentos valia todas las molestias del viaje. Por lo demás, en parte alguna habiamos encontrado un ejemplar tan puro y tan bien conservado de arquitectura bizantina como el exterior de aquella vetusta Catedral...

Pero procedamos con orden, y digamos primero algo de su grande historia.

En 1098, el conde *francés* Don Ramón de Borgoña, casado con nuestra reina Doña Urraca, y el obispo también *francés*, don Jerónimo Visquio, procedente del Monasterio de Cluny (muy amigo del Cid, por más señas, y de su confesor el arzobispo don Bernardo), trajeron artistas de Italia y Francia y emprendieron la contrucción de este templo, cimiento y base de la grandeza monumental de Salamanca.

(¡Bien hubieran podido los *franceses* de 1808 haberse acordado de esto, y no destruir, como destruyeron, en la ciudad del Tormes multitud de obras de arte!)

Según las noticias que he podido reunir, entre dichos artistas figuraban el navarro Alvar García, el francés Casandro Romano y el italiano Florín de Pontuerga; mas no se sabe a punto fijo quiénes continua-

ron la obra, aunque se conjetura que se serían también extranjeros de la escuela de Cluny, pues el arte no llegó por entonces en España al grado de madurez que denota la *Catedral Vieja*.

La construcción duró un siglo. Hoy sólo queda parte de ella... El resto se destruyó para edificar la *Catedral Nueva* (!); pero dicha parte hace formar completo juicio de todo lo que allí hubo.

El exterior tiene algo de fortaleza; y, en efecto, a esta Catedral se dió el nombre de *la Fuerte*. Las bóvedas, cubiertas por fuera de escamas; los muros, coronados de almenas, y los cubos de sus ángulos, revestidos con capachos escamados también, hicieron decir que parecía un guerrero armado de todas armas. Su agudo cimborrio es el yelmo, y el gallo de la veleta le sirve de cimera y de penacho.

En el *interior* de tan ruda fábrica hállanse todas las delicadezas del sentimiento. (Lo mismo acontecía con los férreos paladines de aquella edad.) Allí hay sepulcros finísimos, góticos, llenos de exquisitas labores; allí místicas pinturas del Renacimiento, o sea de cuando el Renacimiento no era todavía pagano; allí santos sobre

los capiteles; allí preciosos trípticos; allí un claustro digno de la ciudad de Pisa. Allí se ve también el retablo de Nicolás Florentino que nos recomendó el académico, con treinta y tantos cuadros de la *Vida de Jesús* (y su fecha de 1442). Y allí, por último, sobre el dicho retablo, en el *casca-rón* de la bóveda, hay un *Juicio final* verdaderamente dantesco, que parece concebido por Giotto. ¡Aquel grupo de resucitados blancos que sube hacia *la diestra del Dios Padre*, y aquel otro grupo de resucitados negros que marcha lúgubrementemente por la *sin-iestra*, son interesantes y bellos hasta lo sumo para los que en el arte buscamos algo más que forma o postura académica y realidad anatómica!

De lo dicho se infiere que la *Catedral Vieja* (tan genuinamente bizantina por fuera, como se nos había dicho) tiene *por dentro* muchos perfiles góticos; y ahora añado que esto no ocurre sólo en sus accesorios postizos, sino también en la estructura misma de miembros principalísimos de su fábrica. Por todas partes apunta allí lo ojival y hasta lo latino del Renacimiento. Vense además pilastras cuadradas, *románicas* y no *bizantinas*, mezcladas con columnas, for-

mando grupos híbridos sobre basas redondas y sosteniendo indistintamente arcos u ojivas, lo cual me pareció muy expresivo y simbólico, dado que trajo a mi imaginación aquellos siglos de la Iglesia en que el Oriente y el Occidente estaban del propio modo confundidos en el sentimiento cristiano.

Entre los notabilísimos *sepulcros* que guarda todavía la parte subsistente de la Catedral no figuran ni el de D. Ramón de Borgoña ni el del Obispo Visquio. El de éste se trasladó a la Catedral Nueva, según ya dije, con otras muchas curiosidades o maravillas de la Vieja. (Afortunadamente, una Catedral linda con la otra y se hallan en comunicación.) El sepulcro del esposo de Doña Urraca no estuvo nunca en Salamanca, sino meramente un cenotafio. Sus cenizas descansan en la Catedral de Santiago de Galicia.

En cambio, otros muchos muertos ilustres çuermen el sueño eterno en el antiquísimo templo salmantino, donde se ven tendidas sobre magníficas tumbas sus calladas estatuas, ora dentro de hornacinas labradas en el espesor de los muros, ora en medio de suntuosas capillas. Y ¡cosa rara!, entre las

más humildes lápidas hallamos la de una *Princesa Mandalja* o Mafalda, hija de Alfonso VIII, más célebre como muerta que como viva, o sea más famosa como estatua que como mujer, a lo menos para mí, que ni siquiera recordaba haber leído antes su dudoso nombre... Hoy, empero, he vuelto a registrar la Historia, y sé ya, y no olvidaré nunca, lo mismo que dice el epitafio, esto es, que la tal princesa murió «*por casar*», o hablando menos equivocadamente, soltera.

Mucho más que este sepulcro me interesó otro que vimos en la *Capilla de los Anayas* o de *San Bartolomé*. Duermen juntos sobre él un caballero y su esposa. El viste de guerrero, con cierto elegantísimo tocado morisco, la armadura ricamente labrada, el casco a los pies y la espada en la mano. Ella está amortajada de beata, con muy rizada toca en la cabeza y calzada con unos raros zapatos altos, de aristocrática hechura. El rostro del caballero es noble y adusto, y el de ella plácido y hermoso como el amor en paz. Lllaman también la atención, por su delicadeza, las manos de la dama, y por sus exquisitas labores, la lujosa almohada en que reposa la cabeza del marido. La al-

mohada de ella es más severa y humilde, cual correspondía a su piadosa mortaja.

Carece de epitafio este sepulcro; pero los empeñados en saberlo todo conjeturan que aquellos personajes deben de ser de un D. Gabriel de Anaya, que murió en América, y su mujer D.^a Ana, que finó sus días en un convento.

Yo no digo que sí ni que no *. Lo único que puedo asegurar es que — no sé por qué... (sin duda, porque mi ánimo se hallase dispuesto aquella mañana a la melancolía) — estuve largo tiempo contemplando aquel matrimonio yacente, aquellos cónyuges de piedra, aquellos *muertos inmortales*, y sentí en mi corazón congojas de lástima,

* Algún tiempo después de publicada por vez primera esta relación de viaje, un periódico de Salamanca, que días antes había hecho referencia de mis dudas sobre quiénes serian aquel caballero y aquella dama, y copiado galantemente algunos párrafos de este artículo, publicó las siguientes líneas:

«Ya parecieron los muertos.—Descubierto por orden del Ilmo. Cabildo Catedral el basamento del sepulcro de la Beata y del Guerrero, o sea del matrimonio de la que lleva toca y del que viste loriga y ciñe espada, en la capilla de Anaya de la *Catedral Vieja*, aparecieron las armas de los Monroyes con los veros y los castillos, y

tumultos de miedo y palpitaciones de envidia, todo ello junto y confundido, no obstante lo contradictorio de tales emociones. ¡Hay que ver aquel tálamo! ¡Hay que verlo, y hay que pensar, con los ojos fijos en aquellas mudas y al parecer insensibles estatuas, en que es imposible que ninguna de ellas haya pasado siglos y siglos sin darse cuenta de que la otra duerme a su lado! ¡En alguna parte estarán las almas de los que fueron consortes, y desde dondequiera que estén irán a dar vida y conciencia a aquellos mármoles para que se complazcan en su perdurable unión! ¡Pes qué! ¿Ha de ser más constante una ficción de pie-

las de los Anayas con las bandas de Borgoña y los armiños.

«En el centro se lee en caracteres góticos la siguiente inscripción:

»AQUÍ YACEN LOS SEÑORES: GUTIERRE DE MONRROY
 »Y DOÑA CONSTANÇA DANAYA, SU MUJER: Á LOS CUA-
 »LES DÉ DIOS TANTA PARTE DEL CIELO, COMO POR SUS
 »PERSONAS Y LINAJES MERECIÁN DE LA TIERRA: EL
 »SEÑOR GUTIERRE DE MONRROY MURIÓ EN EL AÑO DE
 »MIL†D†XVI Y LA SEÑORA DOÑA CONSTANÇA EN EL DE
 »MILL†D†III.»

»Debajo, y sostenido por una calavera, en un tarjetón, dice:

«*Memorare novissima tua et in eternum non
 »pecabis.*»

dra que la fe conyugal que simboliza? ¿Ha de ignorar el espíritu lo que está repitiendo a todas horas la materia? ¿Ha de poder una escultura más que un alma? ¿Ha de superar el Arte a la Naturaleza? ¿Ha de vivir la mentira más que la realidad? ¡Oh desventura! ¡Seguir juntos después de haberse amado tanto, seguir juntos y no saberlo!... ¡No puede ser! ¡No puede ser!...

La *Catedral Vieja* es la abuela de Salamanca, como la Universidad es su madre. Digo más: la *Catedral Vieja* es la venerable ejecutoria, el arca santa de tantísimos timbres y blasones... Su antiguo *Claustro*, que infunde profundísima reverencia, fué cuna de los estudios salmantinos. Allí se ve la célebre *Capilla de Santa Bárbara*, donde hasta hace cosa de cuarenta o cincuenta años se conferían los Grados Mayores. Allí está la *Capilla del Doctor Talavera*, donde se conserva, como en Toledo, el rito mozárabe y se guarda la *pila* en que fué bautizado Alfonso XI. Allí está la *Capilla del Canto*, donde se celebraron Concilios, y la histórica sala en que se reunieron Cortes, y el aposento en que quince Obispos

juzgaron y absolvieron a los poderosos Templarios... ¡Parecíame que no puede ser más gloriosa la historia de la insigne abuela!

En aquel mismo *Claustro* hay centenares de sepulcros de canónigos, ora empotrados en las paredes, ora embutidos en el suelo, ora formando las jambas de las puertas, ora colgados de las altas bóvedas. ¡Son los Cabildos que han precedido al actual desde el siglo XII inclusive! Es decir, son dos mil canónigos muertos, cuyo volumen ha ido achicando el tiempo gradualmente, para que nunca falte allí acomodo a un cadáver más... de un canónigo menos. *

También hay en el *Claustro* pinturas muy notables en tabla, debidas, las mejores de ellas, a Fernando Gallegos. En las cuatro mencionadas *Capillas* vense asimismo excelentes cuadros y magníficos sepulcros. El más suntuoso entre éstos es el que, en la *Capilla de Santa Bárbara*, ocupa el célebre Obispo D. Juan Lucero, aquel que tanto sonó en las disensiones matrimoniales de Don Pedro el Cruel por haber autorizado el repudio de Doña Blanca de Borbón y casado al Monarca con Doña Juana de Castro. El sepulcro se alza en medio de la capilla, es de mármol blanco y sirve de

lecho a una buena estatua del Obispo, vestido de pontifical. Compite en grandeza con este monumento fúnebre el sepulcro de D. Diego de Anaya, Arzobispo que fué de Sevilla y fundador de la capilla o pequeña iglesia de los Anayas, que ya hemos mencionado, y del gran Colegio de San Bartolomé. Su Excelencia duerme en una cama imperial de mármol blanco, sostenida en los lomos de ocho leones y adornada de primorosas esculturas. La verja de hierro que hay alrededor del mausoleo vale cuanto pudiera pesar y valer siendo de plata.

Pero no acabaría nunca si hubiese de describir minuciosamente todo lo que acude a mi memoria. Doy, pues, aquí punto, recomendando vivamente a cuantos vayan a Salamanca aquel panteón, aquel museo, aquel libro de historia que se llama la *Catedral Vieja*.

* * *

Fuera ya de ambas Catedrales, las contemplamos todavía largo tiempo y a cierta distancia, admirando el grandioso golpe de vista que ofrecen juntas y como en anfiteatro sobre la colina en que se asientan. Parece aquello una montaña arquitectóni-

ca, como las labradas por los indios del Himalaya. Al propio tiempo veíamos en otros lados y en vasto panorama el enorme *Colegio de San Bartolomé* (hoy Gobierno civil), con su gigantesco pórtico grecorromano; la suntuosa *Iglesia de Santo Domingo*, dominando gallardamente otra colina y reflejando la luz del sol en su cúpula cuadrada y roja; la cúpula y las torres de *los Jesuitas*; la gran mole de la *Universidad*, y otros colosales edificios de piedra. ¡Era un cuadro verdaderamente cesáreo, de olímpica grandiosidad!... Era una nueva justificación del dictado de *Roma la Chica* que lleva Salamanca.

Porque debo advertir que aquella augusta decoración, en su magnífico y vistoso conjunto, no tenía carácter gótico, castellano ni leonés, bien que algunos de sus componentes fueran de estilo ojival. ¡Salamanca es la única ciudad del Norte y del Oeste de España que ostenta dignamente el esplendor imperial austríaco, de que tan soberana muestra quedó en el Alcázar de Toledo! Y esto sin perjuicio de tener otros aspectos diferentes, como ya hemos notado al examinar sus calles de la Edad Media y sus templos y pala-

cios góticos o platerescos... ¡Salamanca es multiforme!

Ejemplo de esta variedad de sus formas: Por darnos gusto a los que deseábamos contemplar, no sólo monumentos artísticos, sino también cuadros poéticos, la expedición se traslado desde aquel pasaje de tan majestuosa perspectiva a otro lado de los *barrios muertos* de la ciudad, bastándonos para ello andar muy pocos pasos. Nos encontramos, pues, de pronto, en unas plazuelas y calles completamente solas (*calle del Silencio* se llamaba una de ellas), donde no vivía nadie ni parecía haber corrido el tiempo desde el siglo xv.

Aquella era, en verdad, la Salamanca fantástica que recorrió el *don Félix de Montemar* de Esproceda, cuando iba en pos del blanco espectro de *doña Elvira*...

Cruzan tristes calles,
Plazas solitarias,
Arruinados muros...
Etc., etc.

Aquéllos eran los campanarios que lo seguían, agitando sus esquilonos,

Como mulas de alquiler
Andando con campanillas...

Y allí estaba el Cristo cuya mortecina luz reflejó en el ensangrentado acero del Estudiante...

Mientras yo pensaba todo esto, nuestros bondadosos guías nos enseñaban la casa, hoy muda, donde falleció en 1842 el célebre compositor Doyagüe, último catedrático de Música de Salamanca, cuyos restos fueron trasladados a Madrid y paseados por las calles, de orden del inolvidable Ruiz Zorrilla, con destino al *Panteón Nacional*...

Y a propósito: aquellos y otros huesos de hombres insignes están todavía, a la hora presente, arrinconados e insepultos en San Francisco el Grande, sin que nadie piense ya en construir tal Panteón... ¿No habrá un alma caritativa que haga la *obra de misericordia de enterrar a los muertos*, o sea de volver a enviar las cenizas de dichos varones ilustres a las sepulturas en que esperaban tranquilamente la trompeta del Juicio final cuando fué a despertarlos el himno de Riego?

* * *

Del barrio sin gente en que vivió Doyagüe saltamos al *convento de Santo Do-*

mingo, o sea a *San Esteban* (que ambos nombres tiene aquel renombrado monumento); y digo «saltamos», porque *Santo Domingo* se alza en otra colina, irente por frente de la que acabábamos de recorrer.

Nada más vistoso que la perspectiva de aquella gran casa de los opulentos dominicos. Su fachada, recargadísima de adornos, marca la transición del gótico al plateresco, y luce todas las galas y fantasías de este singular estilo, medio gentil y medio cristiano.

Muchísimo que admirar nos ofrecieron también el *interior* del templo, su *sacristía*, y, sobre todo, el *claustro*, obra magistral del mismo período del Renacimiento, restaurada modernamente; pero no fatigaré aquí a mis lectores con nuevas descripciones arquitectónicas, pues basta por hoy a mi objeto recomendarles que no dejen de estudiar muy despacio a *Santo Domingo* el día que visiten a Salamanca. Conque vamos a otra cosa.

En este convento estuvo preso tres días San Ignacio de Loyola, y luego veintidós en la cárcel; todo ello siendo estudiante y seglar, hasta que se examinaron y absolvieron por varones doctos algunas doc-

trinas, que al principio parecían heréticas, del que había de acabar siendo fundador de la Compañía de Jesús y santo canonizado por la Iglesia...

Cupo, en cambio, a este mismo convento (según la tradición y según muchos libros, que algunos crueles eruditos comienzan ya a desmentir...) la alta gloria de albergar a Cristóbal Colón el invierno de 1486 a 1487, con motivo de hallarse también en Salamanca los Reyes Católicos. *Sala de Colón* se llama todavía (¡y con qué profundo respeto la visitamos nosotros!) aquella en que se dice fué escuchado el ilustre genovés por los Padres dominicos y por varios doctores de la Universidad, los cuales (especialmente los primeros) se entusiasmaron mucho oyéndole, y lo alentaron con su protección más decidida, que le valió al cabo la del maestro fray Diego de Deza, «*al cual y al convento de San Esteban o de Santo Domingo de Salamanca* (son palabras del mismo Colón transmitidas por fray Bartolomé de las Casas) *debieron los Reyes Católicos las Indias*». Por eso (concluyen diciendo la tradición y los libros en que yo todavía creo) el gran navegante puso el nombre

de *Santo Domingo* a la segunda isla que descubrió, como homenaje de gratitud al varón sabio y a la insigne Orden que más protegieron su empresa. Tiempo es ya, por tanto (agrego yo), de que los poetas liberales reparemos bien en lo que decimos cuando se nos ocurra hablar de los frailes y doctores de Salamanca con referencia al sublime proyecto de Cristóbal Colón... ¡La fantasía no debe llegar hasta el falso testimonio!

Por último: el *convento de San Esteban o Santo Domingo* encierra, entre otros grandes recuerdos, la sepultura del eminente *padre Soto*, que tanto lució en el Concilio de Trento.

Y ese fué el tema constante de nuestra conversación en tanto que visitábamos el *Museo Provincial*, establecido hoy allí por la muy celosa y entendida Comisión de Monumentos salmantina, digna de disponer de más fondos...

* * *

Desde *Santo Domingo* bajamos hacia el río *Tormes*, pasando por un barrio en ruinas, en el cual hubo, hasta los tiempos

de Enrique IV, un antiquísimo *Alcázar Regio*, que los monárquicos salmantinos de entonces juzgaron oportuno destruir, *con anuencia del mismo Rey*, para que no lo ocupasen los rebeldes nobles. En aquella parte de la ciudad estuvo también la *Judería*.

Salimos al fin de la población por la puerta llamada de *Aníbal*, bajando una pendienteísima cuesta hasta llegar al famoso *Puente Romano*. ¡Cartago! ¡Roma!... ¡Todas las grandezas históricas van unidas a la de Salamanca! El Tormes sabe tanto de mundo como el Tíber.

El nobilísimo río español llevaba aquella tarde bastante agua, y sus orillas, cubiertas de acacias y de otros árboles, no carecían de encanto ni de belleza... De entre lo más espeso de aquella pintoresca fronda salían mansamente el arroyo *Zurguén*, que baja de las históricas alturas de *Arapiles* y penetra en el Tormes, después de haber regado el precioso valle cantado por Iglesias y por Meléndez Valdés.

El *Valle de Zurguén* y las *Praderas de Ota*, lindantes también con Salamanca por el otro lado del río, son la *Arcadia* de la poesía pastoril española...

Venid, venid, zagalejos,
Que al Zurguén sale Amarilis...

decía Iglesias. Y casi en los mismos años denominaba Meléndez a su amada:

La gloria del Tormes,
La flor del Zurguén.

En cuanto al *Puente*, construído, dicen, por Domiciano, restaurado por Trajano y recompuesto más tarde por nuestro Felipe IV de Austria, mide 176 metros de longitud y cerca de cuatro de anchura. Por él pasaba la calzada romana de *la Plata*, que iba de Mérida a Zaragoza.

Al otro lado del *Puente* hay, o hubo, un barrio, frustrado varias veces por las inundaciones, en el cual no quedan ni señales del *Hospital de leprosos*, de la *Mancebía pública* ni del *Cementerio de Judíos*, que existieron allí algún tiempo. ¡Malhadado arrabal, a fe mía! ¡Sirvió de albergue a deicidas, rameras y leprosos, o sea a tres lepras diferentes, y luego se lo llevó todo el agua!... ¡Verdaderamente, el cataclismo fué muy justo!

* * *

Desde el Tormes subimos a visitar al ya citado señor chantre don Camilo Alvarez de Castro, cuya casa y huerto se divisaban a una grande altura sobre nuestra cabeza, pues se apoyan en la antigua muralla de Salamanca y tienen vistas al río.

Nunca olvidaremos aquella visita. El señor chantre es una de las personas más buenas, más afables y más instruídas que hemos tratado nunca, y nos obsequió y agasajó como hombre bien nacido de los buenos tiempos de la hidalguía española, quedando por nosotros, y no por él si de vistantes no nos convertimos en comensales, y hasta en huéspedes de su pacífica morada.

Amantísimo de la soledad y del estudio, el insigne prebendado no sale más que para ir a la próxima catedral, y esto por calles silenciosas en que nunca se ve criatura humana. Vive, pues, en el mundo como en una cartuja, y en más relaciones con el Cielo que con la Tierra.

A ruego de Losada, nos enseñó todas las curiosidades artísticas que embellecen su mansión, así como el preciosísimo oratorio en que dice misa todos los días que

sus achaques o la inclemencia del tiempo le impiden salir.

¡Qué silencio, qué paz, qué beatitud en aquella morada! Y ¡qué deliciosas vistas las de las habitaciones que ocupa el Dignidad! Sus balcones y miradores dan a las alamedas del Tormes y del Zurguén y a un hermoso panorama que se extiende hasta las sierras de Gredos, cuyos picos cierran el horizonte al Sur...

Era ya la caída de la tarde. Las higueras del jardín alto penetraban en el mismo aposento en que contemplábamos la puesta del sol. Todo el plácido sosiego que respiran las mejores poesías de Meléndez se respiraba en aquel lugar y en aquella hora siempre augusta. Las rotas nubes y los cristales del río tomaban maravillosas tintas al reflejar los rayos horizontales del moribundo astro-rey. Las sombras larguissimas de los árboles parecían prolongadas despedidas y supremos adioses que le daban la creación a aquel día para nosotros inolvidable...

Todos callábamos: los madrileños, porque una una indefinible envidia de aquella tranquila existencia nos hacía contemplar con odio la vida febril de la corte a que

estábamos condenados...; y los salmantinos, porque adivinaban lo que sentíamos y temían acaso ofendernos dándose por entendidos de nuestra emoción o elogiando aquella solemne paz de la Naturaleza, que no volveríamos a gozar en mucho tiempo... ¡No; no volveríamos a gozarla, puesto que a la tarde siguiente, a aquella misma hora, estaríamos otra vez camino de Madrid, y puesto que Madrid es una máquina neumática para los mejores sentimientos del corazón humano!...

* * *

La noche de tal día fué y nos pareció todo lo *moderna y amadrileñada* que podía serlo a las orillas del Tormes.

Comimos en el *Hotel*, a la francesa; fuimos al *Casino* a tomar café; jugamos un par de horas al *billar* y al *tresillo*; hablamos de *política* y de otras cosas contemporáneas con don Alvaro Gil Sanz, ex subsecretario del Ministerio de la Gobernación, y con don Santiago Diego Madrazo, ex ministro de Fomento, que habían estado en la fonda a visitarnos; y a eso de las once (¡cerca de la media noche!) nos

retirábamos a casita, donde hicimos el programa del día siguiente, tomamos té, leímos *La Correspondencia* del día anterior y nos acostamos en sendos catrecillos, como cuando teníamos veinte años de edad y vivíamos en plena estudiantina.

¡No se podían pedir más placeres de última moda a una ciudad tan grave y señorial como Salamanca!

X

BARRIOS ARRUINADOS.—EL COLEGIO DEL ARZOBISPO.—LOS ESTUDIANTES IRLANDESES.—EL PALACIO DE MONTERREY.—LA CASA DE LAS MUERTES.—EL CONVENTO DE LAS AGUSTINAS.
UN CUADRO DE RIBERA

Serían las siete de la siguiente mañana cuando atravesábamos la *Plaza Mayor*. También el sol acababa de penetrar en ella (el mismo sol que habíamos creído ver *morir* la tarde antes), y sus alegres rayos doraban gozosamente las copas de los árboles municipales.

Todas las criadas de Salamanca iban a la compra o volvían de ella... Un organi-

llo ambulante tocaba la *romanza* de la tisis de la *Traviata*... Los gorriones cruzaban regocijados por un cielo limpio de nubes... Las campanas tocaban pacíficamente a misa...

En cuanto a nosotros, puedo decir que, para estar muy contentos en aquel instante, solamente nos estorbaban veinte o treinta de los años ya vividos... ¡Cualquiera de los cuatro hubiera querido ser gorrión, el muchacho que tocaba el organillo, una de aquellas presumidas fámulas, o aquel rubicundo sol que, como un eterno Fausto, torna a ser joven todas las mañanas!

Pero, ¿qué responder al señor chantre, si por acaso lee estos renglones? ¡Perdóname el reverendísimo extemporáneo que denotan las anteriores frases, y crea que a mí también se me alcanza, aunque no lo practique, que lo mejor de todo es envejecer y morir tan santamente como envejece y morirá su señoría!

Con que dejémonos de frivolidades, y refiramos lisa y llanamente nuestra expedición de aquella mañana.

* * *

Nos dirigiamos a ver una de las primeras maravillas arquitectónicas de Salamanca, o sea el famoso *Colegio del Arzobispo*, hoy todavía habitado por *estudiantes irlandeses*.

Para ir a él pasamos por un barrio feísimo, triste y solitario, compuesto de irregulares casuchas, hechas con escombros de insignes ruinas... ¡Oh, profanación!... Piedras de diferentes arcos, nobles columnas tomadas de acá y de allá, maderas sueltas de antiguos artesonados y otros restos de soberbias construcciones, habían servido para zurcir aquellos pobres edificios. *Barrio de las Peñuelas de San Blas*, nos dijo un muchacho que se llamaba el tal paraje.

Y luego supimos por los arqueólogos de Salamanca (pues en aquella excursión íbamos solos los cuatro huéspedes del *Hotel del Comercio*) que aquel barrio y el contiguo de *San Francisco*, así como todo el lado de Poniente de la población, fueron asolados por los cañones franceses (y también por los ingleses) durante la guerra de la Independencia. Había allí magníficos conventos, suntuosas iglesias, monumentales colegios y grandiosos palacios; entre

los colegios figuraban los de *Cuenca* y de *Oviedo*, de cuya hermosura hablan muchísimos libros: ¡y todo fué destruído por nuestros enemigos y por nuestros aliados!

En el susodicho barrio de las Peñuelas hay una antigua calle cuyo azulejo dice: «*Calle de los Moros* o de *Cervantes*», por creerse (no unánimemente) que el autor de *Don Quijote* y un MIGUEL DE CERVANTES que de los registros univesitarios aparece matriculado en Filosofía y viviendo en la *calle de los Moros* a mediados del siglo xvi, son una misma persona... De un modo o de otro, el autor de *La Tía Fingida* debió de residir alguna vez en Salamanca, pues la descripción que en aquella novela hace de la población flotante de la ciudad del Tormes y de sus usos y costumbres es demasiado gráfica y pintoresca para no ser tomada *d'après nature*. «Advierte, hija mía (dice doña Claudia a doña Esperanza), que estás en Salamanca, que es llamada en todo el mundo madre de las ciencias, y que de ordinario cursan en ella y habitan diez o doce mil estudiantes, gente moza, antojadiza, arrojada, libre, alicionada, gastadora, discreta, diabólica y de humor...» Y en seguida pasa a

definirle prolijamente las cualidades de los vizcaínos, manchegos, aragoneses, valencianos catalanes, castellanos nuevos, extremeños, andaluces, gallegos, asturianos y portugueses que viven en la ciudad...

Pero henos ya en lo alto del barrio de las Peñuelas y cerca de la meseta donde se alza el grandioso *Colegio del Arzobispo*... Dejemos la pluma y cojamos el pincel.

* * *

Figuraos, al remate de empinada cuesta, dos amplias y hermosas escalinatas, por las que se sube a un extenso atrio o compás, guarnecido de grandes columnas sin capitel, que nada sostienen y que parecen otros tantos heraldos encargados de anunciar la grandeza del edificio que custodian. En el fondo de aquel atrio está el célebre colegio.

Bella sobre toda ponderación es su lujosa fachada. Compónese de dos cuerpos de estilo plateresco, y luce maravillosos trabajos de escultura, así en los capiteles de sus elegantes pilastras como en los camafeos que adornan los netos, en las estatuas amparadas de sus graciosas hornacinas y

en los soberbios escudos de armas que pregonan el apellido del fundador de tan insigne monumento.

Fué este fundador (a principios del siglo xvi) el esclarecido hijo de Salamanca don Alfonso de Fonseca, arzobispo de Toledo, de quien ya hemos hablado más atrás, y lo dedicó a Santiago, patrón de España. Por cierto que es notabilísimo el medio relieve que representa en dicha portada el guerrero Apóstol matando moros en Clavijo...

Pero el asombro, el portento, la maravilla para los amantes del arte, hállese dentro del colegio. Refiérome a su inmenso *patio*, de arquitectura plateresca a la italiana, atribuido por muchos a Alonso Berruguete, y digno de él y hasta superior a sus más renombradas obras.

Así la galería baja como la alta están formadas por pilastras elegantísimas; los arcos inferiores son de medio punto, y los superiores de los llamados escarzanos. Abajo hay adosada a cada pilastra una esbelta y linda columna plateresca, con admirables tallas en el capitel. Las columnas adosadas a las pilastras de arriba tienen la forma de balaustres o cande-

labros... ¡Nada más elegante que la forma de unos y otros fustes!

Y todavía no he mencionado las verdaderas preciosidades de este *Patio*, o sea los ciento veintiocho *medallones*, con bustos de alto relieve, que adornan las entajas de los arcos en ambos cuerpos. Aquellos bustos pueden calificarse de otras tantas obras maestras de escultura. Hay allí caras de reinas, de monjas, de doctores, de ascetas, de guerreros, de prelados, etcétera, todas ellas dibujadas con tal energía, gracia de estilo y nobleza de expresión, que Alberto Durero se honraría con llamarlas suyas. Uno de nosotros observó (y era muy cierto) que todos aquellos semblantes estaban afligidos, cual si representasen la triste variedad de las desventuras humanas. ¡Qué viveza, qué calor dramático, qué primor artístico en tan multiforme expresión del infortunio y de la pena!

Dicen unos que estas ciento veintiocho joyas, diseminadas como estrellas en aquellos pórticos, son obras de Berruguete; otros, que de Pier o Pierino del Bago... Ello es que no se conoce a punto fijo el

autor, cosa muy frecuente cuando se trata de monumentos españoles.

En resumen: el *Patio del Colegio del Arzobispo*, por su esbeltez general, por lo fino y sobrio de su ornamentación, y por lo correcto y puro de sus menores detalles, es un verdadero prodigio de arquitectura y escultura, y merecería el metafórico dictado de «obra *ática* del estilo plateresco», si pudiese hablarse de este modo.

Añádase ahora la soledad de aquel espacioso recinto, cada uno de cuyos cuatro lados mide 41 metros; la muda cisterna de ancho brocal que hay en medio de él; unas desaliñadas matas de flores otoñales (*boleras* se llaman en Granada) que crecían en descuidados arriates; algunos escolares *irlandeses* con manto y beca, que de vez en cuando pasaban por la galería alta, con los ojos clavados en sus libros de estudio, y los píos de pájaros que irrumpían dulcemente el silencio de tan venerable edificio, y se comprenderá la inmensa poesía que allí se respiraba, y de que es pálido reflejo la emoción con que escribo estas líneas.

* * *

Tócame ahora decir algo de los *estudiantes irlandeses*, con tanto más motivo cuanto que, estando todavía nosotros en aquel magnífico patio, bajaron de dos en dos la amplia escalera del edificio, seguidos de un sacerdote; pasaron a nuestro lado, mirándonos con disimulo y poniéndose más encarnados que la grana, y se dirigieron a la contigua iglesia. Eran catorce, todos rubios como unas candelas, y corpulentos y sanos a fuer de legítimos hijos de la verde Erin. Su edad variaría entre dieciséis y veinticuatro años.

Aquellos escolares simbolizaron a mis ojos un tributo de respeto y de agradecimiento que la católica Irlanda sigue pagando a la nación católica por excelencia. Fundó el *Colegio de jóvenes irlandeses* (albergándolos entonces en otro edificio) el rey Don Felipe II, cuando la intolerancia protestante en las Islas Británicas era tan feroz como la intolerancia católica en nuestra tierra, y tuvo por objeto facilitar la enseñanza de la Sagrada Teología a los hijos de los emigrados irlandeses que se refugiaban en la Península, perseguidos de muerte a causa de sus creencias religiosas. Pero hoy, que en el Reino Unido de la Gran Bre-

taña hay libertad de cultos y muchos Seminarios católicos, es de una especie de tradición piadosa esta no interrumpida costumbre de algunas casas irlandesas de enviar a Salamanca a sus hijos para que cursen las ciencias eclesiásticas.

Con tal motivo recordamos allí nosotros las muchas familias españolas que tienen apellido irlandés, como descendientes de emigrados de aquella isla establecidos en nuestro suelo, y algunos de cuyos individuos figuran noblemente en la historia de España. Salieron, pues, a relucir los O'Donnell, los O'Reilly, los O'Ryan, los O'Connor, los O'Daly, los O'Shea, los O'Farril, los O'Kelly, los O'Neil, los O'Callagan, los O'Mulryan y todos aquellos cuyo apellido principia con O y apóstrofo, así como otros que tienen diferentes iniciales.

Por lo demás, yo acribillé a preguntas al portero del *Colegio del Arzobispo*, el cual se sirvió contarme muchas cosas relativas a los escolares irlandeses. Díjome, entre ellas, que vienen a Salamanca a la edad de dieciséis a veinte años; que traen aprendido el latín, y en el colegio aprenden el español; que las clases de Teología están en el *Seminario Conciliar*, donde a la par

estudian colegiales españoles; pero que los irlandeses viven, comen y duermen solos en el *Colegio del Arzobispo*, bajo las órdenes de un rector, también irlandés; que pasan en España seis o siete años seguidos; que los veranos los llevan de vacaciones a *Aldearrubia*, donde hay una casa-colegio de recreo, dependiente del Establecimiento que estábamos visitando, y que *allí se comen un rebaño cada estío* (textual); que unos regresan a su patria cuando terminar los estudios, a fin de ordenarse en ella, y otros reciben las Ordenes sagradas en Salamanca, habiendo también algunos que se quedan definitivamente en la Península; y, en fin, que la conducta de los jóvenes irlandeses, su aplicación, piedad y recogimiento son admirables; pero que hay que llevarlos indefectiblemente a las tres corridas de toros que se dan en la ciudad todos los años durante la feria...

Luego que hube examinado bien al portero, pasamos a la mencionada *Iglesia* contigua, llamada también *del Arzobispo*.

Los jóvenes irlandeses, después de una breve oración, se habían marchado ya del templo al Seminario, dejándose los devocionarios en los bancos del presbiterio.

Nosotros nos permitimos hojear alguno que otro... Estaban en inglés o en francés, y les servían de registros estampitas de la Virgen o de diferentes santos, británicos en su mayor parte. ¡Indudablemente (esta observación va a pareceros de inquisidor), aquellos muchachos eran católicos!

En cuanto a la citada iglesia, gótica de los malos tiempos, blanqueada y muy desnuda de accesorios, diré que sólo ofreció a nuestra admiración una *galería de hierro* (que sirve de coro alto, y cuyos sostenes son bastante graciosos y originales) y un *retablo* plateresco de mucho gusto, con pinturas en tabla y estatuas de santos de verdadero mérito. Todo ello se atribuye a Berreguete, lo cual no ha sido obstáculo para que lo pinten de nuevo en nuestros días... ¡Dudo que haya valor semejante al de un *restaurador* de objetos artísticos!

* * *

Desde allí nos fuimos al *Palacio de Monterrey*, del cual ya he dicho que sirvió de modelo para el *Pabellón Español* edificado en la Exposición de París de 1867.

De tal Palacio no existe, ni creo que haya

existido nunca, más que un lado o ala, con dos torres, bien que estén construídos los arranques de los otros lados. Es plateresco a la italiana, lo cual quiere decir que el escultor luce más que el arquitecto, y excitan, sobre todo, la admiración su preciosa crestería, formada de figuras grotescas, los leones y demás animales que sostienen grandes escudos, una hermosa cornisa primorosamente labrada, y sus elegantes ventanas y balcones, cuyas tallas son modelo de gracia y delicadeza. El conjunto resulta alegre, profano, lujoso, bellísimo, como una fiesta de Verona o de Ferrara en el siglo xvi.

Construyóse en el reinado de Felipe II, y pertenece al Duque de Alba, en su calidad de Conde de Monterrey. Hoy sirve casi todo de granero, y en su recinto, que visitamos con los amables hijos del Administrador, allí domiciliado, no hay nada que aprender ni que imitar; pero sí mucho que mueva a compasión y lástima. En cambio, las *vistas* que se descubren desde lo alto de sus torres son asombrosas.

* * *

Recorriendo de nuevo aquel suntuoso barrio monumental, que tanto nos había entusiasmado la mañana anterior, y al pasar por la calle de *Bohordadores* (llamada así porque en ella se hacían los *bohordes* para los caballerescos juegos de cañas, pero cuyo azulejo dice hoy malamente: «calle de *Bordadores*») vimos una antigua casa, triste, bella, cerrada, en cuya primorosa fachada plateresca había un busto, con bonete y capa muy bordada y lujosa, el cual representaba, según pudimos leer, al *severissimo Fonseca, patriarcha alexandrino*.

—¿Qué casa será ésta?—nos preguntamos.

—Esa es la *Casa de las Muertes*...—respondió una huevera que pasaba por allí a la sazón—. No llamen ustedes, que ahí no vive nunca nadie.

—¿Y por qué?

—Porque ahí hubo siete muertes...—replicó la mujer con acento lúgubre.

Nosotros nos miramos muy regocijados, y proseguimos el interrogatorio...

Pero la huevera no sabía más.

Había, sin embargo, que averiguar el resto, y, efectivamente, aquella tarde supi-

mos por nuestros amigos los anticuarios de Salamanca que el nombre de *Casa de las Muertes* le venía a aquel edificio de la circunstancia de haber ostentado, entre los adornos de su portada, hasta hace muy poco tiempo, varias calaveras de piedra, borradas al fin por el terror de la plebe; que, ciertamente, había dado la casualidad, hace veintiséis años, de que una mujer que vivía sola en aquella casa de tan fúnebre nombre, fuese asesinada misteriosamente, cosa que al vulgo le pareció sobrenatural, y que, por resultas de todo esto, nadie ha vuelto a pisar aquellos umbrales, si se exceptúan dos comandantes de Carabineros y un jefe de Estadística, forasteros todos, que vivieron allí breves temporadas... sin que les ocurriese ningún percance...

¡Triste condición humana! ¿Por qué ha de ser siempre más poética la mentira que la verdad?

* * *

De lo demás que vimos (regresando ya hacia el hotel, pues, a fuer de mortales, también teníamos precisión de almorzar aquel segundo día), sólo citaré y recomen-

daré la *Iglesia de las Agustinas*, correspondiente al convento del mismo nombre.

Es aquél el mejor monumento de estilo grecorromano que encierra Salamanca. Sus elementos griegos pertenecen al orden corintio, y todo el templo, aunque edificado a la mitad del siglo xvii, según lo demuestran algunos detalles poco clásicos, tiene la grandiosa sencillez y armonía de proporciones que constituyen el mayor mérito de este género de arquitectura. La cúpula es copia exacta de la de El Escorial, aunque no tan gigantesca.

En el retablo del altar mayor hay un notabilísimo cuadro, de que con razón están orgullosos los salmantinos aficionados a las Bellas Artes. Es una *Virgen de la Concepción*, de tamaño natural, pintada por el *Spagnoletto*, y, sin embargo, dulce, suave, tierna, ideal; rodeada de ángeles de rostro inocente y anegada, por decirlo así, en la placidez de la divina gracia... Más claro: es una Virgen de la Concepción que nadie hubiera creído pudiese pintar el austero y sombrío autor del *Jacob*, de los martirios de *San Bartolomé* y *San Esteban*, del *Apostolado* y de todas las demás enérgicas y terribles obras que constituyen la

gloria especialísima de nuestro inmortal Ribera.

Quien recuerde otras Vírgenes y otros ángeles pintados por él, y se haya asombrado, como nosotros, al considerar hasta qué punto negó la Naturaleza a tan soberano artista el don de crear tipos afables; quien se haya asustado al ver aquellas Marías tan duras, ásperas y feroces, y aquellos niños de tan salvaje y desapacible aspecto, comprenderá toda la verdad e importancia de lo que digo. Es, por consiguiente, la *Virgen* que vimos en Salamanca un dato curiosísimo de la historia del arte y de la historia de Ribera, pues hay que advertir que no cabe duda alguna respecto de su autenticidad, ya porque así resulta de incontestables documentos, ya porque, en medio de su santa alegría y pudorosa mansedumbre, aquel cuadro ostenta, en cuanto lo consiente la índole del asunto, toda la intensidad y brío de color del *Spagnoletto*; su manera, su estilo, su genio, su carácter.

En mi sentir, y en el de mis compañeros de expedición, el Estado debía hacer que se recompusiera y copiara tan peregrino lienzo; dejar la copia a las Agustinas de Salamanca, y comprarles el original

para colocarlo en el Museo Nacional de Madrid. De lo contrario, las luces del altar mayor, el incienso, el polvo, la incuria y los sacristanes y monaguillos, acabarán con aquella obra maestra, ya muy deteriorada.

Pero se me ocurre otra idea. La iglesia y comunidad de las Agustinas tiene por patrono al Conde de Monterrey, o sea al Duque de Alba. Así lo revela la inscripción que dice, al pie de una sepultura mural, a la izquierda del presbiterio, que *Don Manuel Fonseca y Zúñiga, séptimo Conde de Monterrey*, fundó y erigió aquel convento... ¡Bien podía, pues, el señor Duque, mi noble amigo, que tan espléndido es y ha sido siempre, hacer este regalo a la nación! El mundo entero se lo agradecería extraordinariamente*.

* Tengo la satisfacción de decir, al publicar nuevamente estos renglones, que mi súplica no fué desoída, y que, por el contrario, dió origen a una lucida discusión de personas doctas, y a medidas tomadas por la casa de Alba, que asegurarán la conservación del cuadro de Ribera.

XI

ÚLTIMO PASEO.—LA CASA DE LA SALINA.—
DOÑA MARÍA LA BRAVA.—LA TORRE DEL
CLAVERO.—RECAPITULACIÓN.

Después de almorzar hicimos algunas indispensables visitas de despedida, entre ellas la del sabio y virtuoso Obispo de la diócesis, antiguo Canónigo de Granada y actual adorno del Senado español, Sr. Martínez Izquierdo.

Cumplidos tan gratos deberes, fuimos a visitar, acompañados de los eruditos salmantinos que ya conocéis, la renombrada *Casa de la Salina*, sita en la calle de San Pablo, y llamada así por haber servido modernamente de almacén de sal.

Caminando hacia ella nos refirieron la tradición que corre muy válida acerca del origen del edificio; y como es digna de que la conozcáis, y yo no quiero poner ni quitar nada en tan delicado asunto, voy a transcribirla puntualmente, tal como la publicó hace años el Sr. D. Modesto Falcón, individuo correspondiente de la Real Academia de San Fernando, secretario de la Comisión de Monumentos de Salamanca, etcétera, etc.

Dice así:

«Parece que en los últimos años del siglo xv llegó a Salamanca la Corte, y con la Corte, muchos grandes, prelados, damas y caballeros. Contábase entre éstos el poderoso D. Alfonso de Fonseca, hijo natural de esta ciudad, oriundo de una noble familia, y que más tarde ocupó la Silla arzobispal de Santiago, recibiendo la dignidad de Patriarca de Alejandría, con la que más comúnmente es conocido en la Historia. El Ayuntamiento, según costumbre, proporcionó digno hospedaje a la Corte, puesto que, de acuerdo con la nobleza de la ciudad, hizo que los grandes, los prelados y las damas hallasen acogida entre las

familias más distinguidas. Olvidó, sin embargo, dispensar el mismo agasajo a una señora llamada D.^a María de Ulloa, gallega, según dicen, de nacimiento, y amiga, según cuentan, de Fonseca, y resentido por aquella exclusión, casual o intencionada, el caballero, dice la tradición, juró que la dama había de poseer el mejor palacio de Salamanca. El palacio, con efecto, se construyó y la tradición quedó unida a su fábrica.

»Si la tradición se muestra veraz en todo lo que relata, no seremos nosotros quien lo afirmen ni lo nieguen rotundamente; pero nuestra imparcialidad nos obliga a decir que se parece mucho a la verdad. El poderoso Patriarca de Alejandría había tenido un hijo en su juventud, como él, Alfonso de nombre, y que, como él, llegó a ser con el tiempo Arzobispo; y aunque las historias suelen confundirlos por las circunstancias de ser ambos Arzobispos, ambos Fonseca de apellido, ambos Alfonsos de nombre, y ambos, en fin, patronos de grandes fundaciones, fácil es distinguirlos cuando en ellos se para bien la atención.

... ..

»La *Casa de la Salina* se fundó en los últimos años del siglo xv, en que tuvo lugar la tradición referida. Los escudos de cinco estrellas que en la fachada, en el interior y por todas partes del edificio se encuentran, no dejan lugar a dudas sobre la familia a que pertenecía el fundador. El escudo es de los Fonsecas...

»Nada se sabe de los artistas que labraron este monumento; pero como por la misma época, y con pocos años de diferencia, se fabricaban también la fachada plateresca de la Universidad, el convento de San Esteban y otra porción de edificios, los mejores precisamente de la ciudad y cuya decoración es tan semejante, puede presumirse que anduvieron en él las mismas manos que esculpieron los demás. Si no fueron Sardiña, Ceroni o Berruguete, fueron discípulos o compañeros suyos.»

Hasta aquí el Sr. Falcón. Ahora debo yo decir, como obsequio debido a la verdad, que son irrefutables de todo punto las obvias razones que aduce otro autor (D. J. M. Quadrado) para demostrar que esa tradición ha confundido tiempos, cosas y personas. «Que la casa se labró por los Fonsecas (dice) lo acreditan los blasones de cin-

co estrellas colocados sobre las ventanas de la izquierda y en los ángulos de la fachada; mas lo avanzado del Renacimiento, aviniéndose con la noticia de que se empezó hacia 1538, desmiente la tradición que enlaza su origen con la memoria del Patriarca de Alejandría, fallecido en 1512...» A lo cual pudo añadir el Sr. Quadrado que Berruguete, educado en Italia, no regresó a España hasta 1520, y que Sardiña floreció mucho después.

Sea de todo ello lo que quiera, y ciñéndome yo a mi papel de cronista y de fotógrafo, diré que la *Casa de la Salina*, en medio de lo mucho que la han deteriorado el abandono en que estuvo largo tiempo y bajo el empleo a que se la destinó después, y no obstante las recientes profanaciones de que ha sido objeto al tratar de convertirla en casa moderna, cerrando nobilísimos arcos y poniendo en su lugar puertas, balcones, ventanas y todo un entresuelo, conserva aún, por dentro y por fuera, columnas medallones, arcos, bustos, estatuas, mensulones, cornisamentos, escudos y centenares de figuras de animales fantásticos y caprichosos, que son otras tantas maravillas.

Yo espero que con el tiempo, y quiera

Dios que no demasiado tarde, el Ayuntamiento de Salamanca dedique su atención y algunos fondos a este nobilísimo edificio, comprándolo, si ya no es suyo, derribando todo lo moderno y postizo que hay en él, reforzando lo viejo y monumental, y poniendo allí un conserje que custodie y muestre a los viajeros aquellos prodigios del arte, dignos de veneración y estudio *.

* * *

En la misma calle de San Pablo, número 84, hay otra casa célebre, no ya por su estructura artística, sino por la rara e interesantísima historia que recuerda. Llámase, por singular antífrasis, *Casa de las Batallas*, cuando debía llamarse *Casa de las Paces*, dado que en ella las pactaron y juraron dos bandos ferocísimos que durante mucho tiempo cubrieron a Salamanca de sangre y luto. «*Ira odius generat, concordia nutrir amorem*», dice una inscripción sobre el arco de la puerta de aquella casa

* Al reimprimirse estos renglones me dan la grata nueva de que la Diputación provincial de Salamanca ha comprado la *Casa de la Salina*.

desde el día que se firmaron allí las mencionadas paces.

Todo esto se refiere a la terrible historia de *Doña María la Brava*, de que ya hicimos conmemoración en el *Corrillo de la Hierba*, y de la cual voy a daros dos versiones a cual más interesantes.

Dice el ya citado D. Modesto Falcón:

«El drama comenzó en un juego de pelota. Dos jóvenes, hijos de la noble familia de los Manzanos, mataron en una contienda suscitada sobre el juego a otros dos jóvenes, muy amigos suyos e hijos de la familia de los Monroy. La madre de éstos, doña María Rodríguez, buscando a los agresores y hallándolos en tierra de Portugal, adonde se habían refugiado huyendo de la justicia, tomó sangrienta venganza en ellos, cortándoles las cabezas y entrando con ellas triunfante en Salamanca. A su vez, los deudos de los Manzanos, indignados de aquella bárbara acción, quisieron ejercer represalias semejantes, y agrupados los Monroy en torno a doña María, defendieron a la vengativa madre, arrastrando unos y otros a muchos parciales. Los bandos en que se dividieron, y que tomaron por nombre a las parroquias de Santo Tomé y San

Benito, donde las irritadas familias enemigas tenían sus casas solariegas, duraron cuarenta años, sembrando la desolación y el espanto en la ciudad y enrojeciendo muchas veces de sangre sus calles. Impotentes fueron el Obispo, el Cabildo, las autoridades y el mismo Conde de Benavente, que intervinieron en la contienda para poner fin a aquella terrible lucha, que fomentaban las discordias civiles. San Juan de Sahagún, más feliz que las autoridades, se interpuso entre los combatientes y logró atraerlos a una concordia.»

La segunda versión, más trágica y animada que ésta, es la que figura en *Recuerdos y bellezas de España*, y dice del siguiente modo:

«Sobre un lance del juego de pelota trabaron contienda dos hermanos de la familia Enríquez de Sevilla con otros dos de la de Manzano *; aquéllos sucumbieron en la atroz refriega y fueron llevados exánimes a la casa de su madre. Doña María Rodrí-

* Según Dávila, sólo fué muerto en la disputa del juego Enríquez el menor, y al otro lo mataron después en una asechanza para que no vengase la muerte de su hermano.

guez de Monroy no lloró sobre los cadáveres de sus hijos; nada dispuso acerca de su sepultura; silenciosa, sombría, fingiendo temer por sí, salió, acompañada de criados y escuderos, para su lugar de Villalba, pero a la mitad del camino les anunció resueltamente que no era fuga, sino venganza, lo que meditaba, y asociándolos con terrible juramento a su plan, los condujo a Portugal, donde se habían amparado los homicidas. Dónde y cómo los sorprendió, si fué en Viseo, de noche, derribando las puertas de su posada, no queda bien averiguado; lo cierto es que a los pocos días volvió a entrar en Salamanca, animosa y terrible, al frente de su comitiva, enarbolando en las puntas de las picas las cabezas de los dos Manzanos, y a guisa de ofrenda expiatoria, más digna del altar de las Euménides que de una tumba cristiana, las hizo rodar por las recientes losas que en la iglesia de San Francisco, o en la de Santo Tomé, cubrían los restos de sus hijos. Poco sobrevivió a esta feroz proeza, que le valió el epíteto de *Doña María la Brava*, pero sí más de un siglo los bandos que de ella nacieron entre los caballeros salmantinos ligados con una u otra familia, a los cuales se dice servía

de línea divisoria, rara vez hollada, el *Corrillo de la Hierba*, explicando este título, allá como en Zamora, por lo solitario y medroso del sitio. No hay, sin embargo, más fundamento para derivar de la expresada ocasión el origen de estas luchas, tan habituales en todo el país durante la Edad Media, que para fijar su término (de 1460 a 1478) en los días de San Juan de Sahagún, cuyas fervorosas predicaciones, calmando y no extinguendo la furia de los ánimos, le acarrearón más de una vez odios y violencias, y, por último, la muerte propinada con veneno. Bajo los nombres de Santo Tomé y San Benito, parroquias que encabezaban los dos grandes distritos de la ciudad, perpetuáronse largo tiempo dichos bandos, recordando aún sus distintos colores y opuestas cuadrillas, en las justas reales de la dinastía austríaca, los antiguos enconos y reyertas.»

Y basta ya de anécdotas y de historias, que se hace tarde y tenemos que salir para Madrid antes del oscurecer...

* * *

Así dijimos nosotros aquel día, tratando de volver a la *Fonda del Comercio*; pero

todavía fuimos a contemplar, por consejo de nuestros amigos (y de ello nos alegramos extraordinariamente), la *Torre* denominada *del Clavero*, que hasta entonces sólo habíamos divisado a cierta distancia.

Dicha *Torre* pertenecía antes a un extenso edificio, pero hoy se ha quedado aislada y sola, como padrón conmemorativo de la Edad Media. Su figura es de lo más elegante y gallardo que nos han legado aquellos tiempos. Cuadrada por la parte inferior, conviértese luego en octógona, y resaltan de ella ocho garitas preciosísimas, que la hacen más voluminosa por arriba que por abajo. Los capacetes que cubren estas garitas descuellan sobre el cuerpo de la torre, dibujando en el cielo una especie de corona feudal que ennoblece aquel esbeltísimo monumento.

Toda la fábrica es de granito, y mide 28 metros de elevación por seis y medio de anchura. Edificóse en 1484 a expensas de don Francisco de Sotomayor, *clavero* de la Orden de Alcántara, y hoy pertenece al señor marqués de Santa Marta. Recientemente han construído en lo alto de ella una especie de templete u observatorio de pésimo gusto, y pues me honro con la amis-

tad de dicho señor marqués, atrevome a suplicarle que mande derribar aquel detestable apéndice, por muy asombrosas que sean las vistas que desde él se disfruten. Los fueros del arte, mi querido don Enrique, son superiores a los derechos del individuo *.

* * *

A todo esto eran las tres de la tarde, y el tren para Madrid salía a las cinco. ¡Demasiado sabíamos lo mucho que nos quedaba que ver!... Salamanca encerraba todavía iglesias, palacios, colegios, casas históricas y otros monumentos para cuyo examen se requería, por lo menos, una semana de continuo andar... Pero no podíamos disponer de más tiempo, y, además, estábamos tan rendidos que teníamos que sentarnos a descansar en los trancos de las puertas, con gran asombro de los transeúntes... ¡Habíamos andado tantísimo en dos días escasos!...

* Tampoco desoyó este ruego mi amigo el señor Marqués de Santa María, sino que, por el contrario, me honró con amables explicaciones, y dispuso que se remediase cuanto pudiera dañar a la histórica Torre.

Emprendimos, pues, la *retirada*. Y ya, desde aquel momento hasta la mañana siguiente en que llegamos a esta villa y corte, no hicimos más que recapitular nuestras impresiones de Salamanca...

He aquí un sucinto *resumen* de las mías.

La *Universidad* ha sido, moral y materialmente, el alma y la vida de Salamanca, la fuente de su grandeza y de su renombre, la ocasión y origen de casi todos sus mejores monumentos. Si hubo allí los famosos *Colegios Mayores*, llamados del *Arzobispo*, de *San Bartolomé* (el viejo), de *Oviedo* y de *Cuenca* (de los cuales sólo existen ya los dos primeros); si fundaron otros cuatro Colegios las *Ordenes Militares* y contáronse además infinidad de *Colegios Menores*, de *Seminarios*, de *Escuelas*, etcétera; si todas las Ordenes monásticas erigieron suntuosos conventos; si los Jesuítas levantaron allí su mejor Casa, y si fué la ciudad del Tormes mansión predilecta de reyes y magnates, que la embellecieron con multitud de palacios y de iglesias, todo se debió a aquel foco permanente de sabi-

duría, a aquel centro que atraía las miradas de Europa, a aquel emporio de la enseñanza, adonde iban a estudiar por millares (y muchas veces acompañados de sus familias) los jóvenes más ricos y nobles de toda España. Cuando Toledo, y Segovia, y Burgos, y Valladolid, y todas las ciudades castellanas decaían, esto es, cuando se hubo entronizado en nuestro suelo la calamitosa dinastía austríaca, Salamanca se libró, por excepción y privilegio, de aquella postración general, que muy luego rayó en indescriptible miseria; y este privilegio y esta excepción fueron también debidos a la perdurable boga de su Universidad, al respeto que infundía, al constante atractivo que ejerció sobre reyes, prelados, grandes, sabios y hasta santos, obligándolos a ir a rendirle pleito homenaje y a enriquecerla más y más con nuevas fundaciones.

De aquí tantos soberbios edificios de los siglos XVI y XVII, y de aquí también el haberse conservado cuidadosamente los de épocas anteriores. Es decir, que la segunda barbarie demoledora de monumentos, la barbarie que en otras regiones de España

destruyó, blanqueó, reformó y afeó tantas y tan preciosas obras artísticas en los tiempos que median entre los Reyes Católicos y Carlos III, no llegó a las orillas del Tormes. En cambio, llegaron después otros bárbaros, émulos de los Atilas y Alaricos, y destruyeron dos terceras partes de los edificios monumentales de Salamanca... Refiérome a los franceses y a los ingleses (durante la guerra de la Independencia), y también a los iconoclastas modernos, que tanto y tanto han derribado al grito de progreso y libertad en sus varios períodos de dominación o de anarquía.

Otra de las razones que más han influido para que Salamanca pueda calificarse de *Museo arquitectónico* (donde se hallan, perfectamente conservados, exquisitos modelos de las obras más perecederas y hoy más destruidas por lo nimio y menudo de sus primorosos detalles), es la excelente, irmejorable calidad de la piedra de todos sus monumentos.

Esta piedra, llamada *franca*, se encuentra a una legua de la ciudad, cerca de Villamayor. Blanda al principio como la cera, el tiempo la pone tan dura como el bronce

y le da un hermosísimo color de oro. Admite, pues, y conserva perfectamente las más finas y delicadas labores, y de aquí la riqueza de obras platerescas que acabamos de enumerar y las muchas que no hemos citado, todas las cuales parecen recién hechas en sus menores tallas, sin embargo de estar a la intemperie; de aquí también aquellas afiladas aristas de las esquinas de la *Casa de las Conchas*; aquella tersura de sus muros, que parecen bruñidos; aquellos atletas, de tan admirable musculatura, de la *Casa de la Salina*; aquella férrea solidez de la *Catedral Fuerte*, o sea de la *Catedral Vieja*; aquellos primores del patio del *Collegio del Arzobispo*, y tantos y tantos otros prodigios de escultura y arquitectura como ve el viajero en todas partes.

Conque hagamos punto final.

He concluído mi penosa tarea, incompleta (o sea *diminuta*, como se dice en el foro) para lo mucho que requería la gran ciudad de los Fonseca y Maldonados, pero harto larga para ser obra de un mero aficionado a las bellas artes, incompetente en todas ellas y poco dado a escudriñar y explotar libros ajenos.

Réstame añadir que dedico estas pobres páginas, como recuerdo cariñoso, a mis amigos los Excmos. Sres. D. Servando Ruiz Gómez y D. José España, y a mi camarada Dióscoro Puebla.

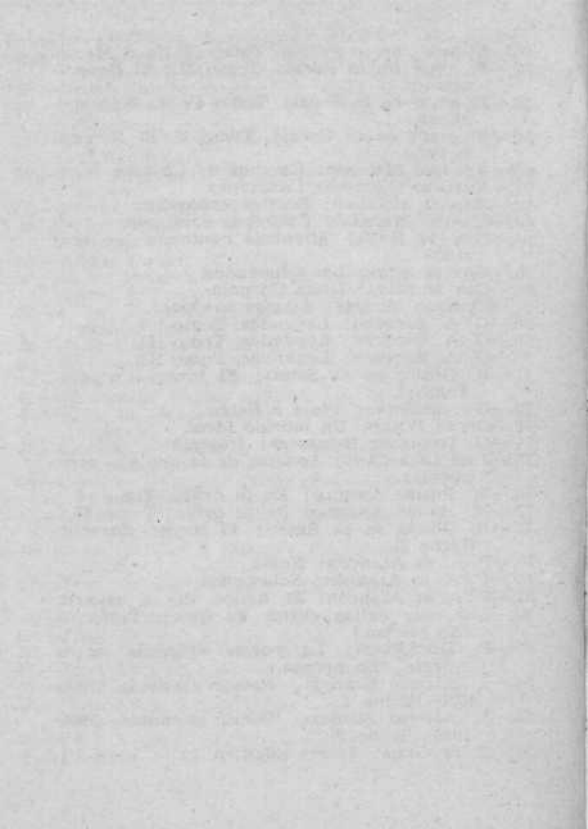
1878

Colección «MAS ALLA»

- 1 y 2.—RUBÉN DARÍO: *Poesías escogidas*. Dos tomos. (4.ª edición.)
- 3.—ABENAMAR: *Filosofía de los toros*. (En prensa.)
- 4.—PEDRO MUÑOZ SECA: *La venganza de Don Mendo*. (6.ª edición.)
- 5.—H. DE BALZAC: *De la vida elegante*.
- 6.—RUBÉN DARÍO: *Azul*. (4.ª edición.)
- 7.—RUBÉN DARÍO: *Poema del Otoño*.
- 8.—RUBÉN DARÍO: *Cantos de vida y esperanza*. (3.ª edición.)
- 9.—JORGE MANRIQUE: *Poesías completas*. (2.ª edición.)
- 10.—PEPE-ILLO: *Tauromaquia*. (En prensa.)
- 11.—SAN JUAN DE LA CRUZ Y SANTA TERESA: *Poesías* (2.ª edición.)
- 12.—GOY DE SILVA y OSCAR WILDE: *Salomé*. (En prensa.)
- 13.—OSCAR WILDE: *El crimen de lord Arturo Saville y El fantasma de Canterville*. (2.ª edición.)
- 14.—FRAY LUIS DE LEÓN: *La perfecta casada*.
- 15.—LUIS PASTEUR: *Cartas familiares*.
- 16.—BARBEY D'AUREVILLY: *El dandysmo*.
- 17.—OSCAR WILDE: *El abanico de lady Windermere y Una tragedia florentina*. (2.ª edición.)
- 18.—RUBÉN DARÍO: *Prosas profanas*.
- 19.—W. SHAKESPEARE: *Trabajos de amor perdidos*. (En prensa.)
- 20.—PRÍNCIPE DE LIGNE: *Memorias*. (En prensa.)
- 21.—NARA-MOUNY: *Viaje en busca de sabiduría*.
- 22.—CÉSAR FRONDA: *La suegra ideal*.
- 23.—FRANCISCO MONTES: *El arte de torear*.
- 24.—GOY DE SILVA: *El libro de las danzarinas*. (En prensa.)
- 25.—P. A. DE ALARCÓN: *El clavo*.
- 26.—G. A. BÉCQUER: *Rimas*. (6.ª edición.)

- 27.—RUBÉN DARÍO: *Rimas y abrojos*. (2.ª edición.)
- 28.—R. DE CAMPOAMOR: *Doloras, humoradas y cantares*. (3.ª edición.)
- 29.—RUBÉN DARÍO: *Poemas en prosa*.
- 30.—NAPOLEÓN BONAPARTE: *Reflexiones en Santa Elena*.
- 31.—*Las más bellas cartas de amor*. Tomo I. (2.ª edición.)
- 32.—JOSÉ ZORRILLA: *Don Juan Tenorio*. (2.ª edición.)
- 33.—*Serranillas*. (2.ª edición.)
- 34.—JUAN VALERA: *Cervantes y el Quijote*. (En prensa.)
- 35.—ANTÓN CHEJOV: *Cuentos*.
- 36.—G. A. BÉCQUER: *Desde mi celda. Cartas literarias*. Tomo I. (2.ª edición.)
- 37.—G. A. BÉCQUER: *Desde mi celda. Cartas literarias*. Tomo II.
- 38.—JUAN VALERA: *Dafnis y Cloe*.
- 39.—GUILLERMO DÍAZ-PLAJA: *Cartas de navegar*.
- 40.—GARCILASO DE LA VEGA: *Poesías completas*.
- 41.—MIRABEAU: *Cartas a Sofía*. (En prensa.)
- 42.—GUY DE MAUPASSANT: *Cuentos breves*. (En prensa.)
- 43.—GABRIEL Y GALÁN: *Obras completas*. Tomo I. (2.ª edición.)
- 44.—GABRIEL Y GALÁN: *Obras completas*. Tomo II. (2.ª edición.)
- 45.—GABRIEL Y GALÁN: *Obras completas*. Tomo III. (2.ª edición.)
- 46.—JOSÉ ORTEGA Y GASSET: *Castilla y sus castillos*.
- 47.—JOSÉ ORTEGA Y GASSET: *De la aventura y la caza*.
- 48.—RAFAEL MORALES: *Poema del toro*.
- 49.—JUAN VALERA: *Cartas desde Rusia*. Tomo I.
- 50.—JUAN VALERA: *Cartas desde Rusia*. Tomo II.
- 51.—FRAY LUIS DE LEÓN: *Poesías originales*.
- 52.—FRAY LUIS DE LEÓN: *Traducciones profanas*.
- 53.—FRAY LUIS DE LEÓN: *Traducciones sagradas: El cantar de los cantares*.
- 54.—JUAN VALERA: *Cartas desde Rusia*. Tomo III.
- 55.—*El amor en la Poesía*. Tomo I. Epoca clásica.

- 56.—El amor en la Poesía. Tomo II. Edad Media.
- 57.—El amor en la Poesía. Tomo III. El Renacimiento.
- 58.—El amor en la Poesía. Tomo IV. El Neoclasicismo.
- 59.—El amor en la Poesía. Tomo V. El Romanticismo.
- 60.—ANTONIO MACHADO: *Campos de Castilla*.
- 61.—ANTONIO MACHADO: *Canciones*.
- 62.—MANUEL MACHADO: *Poesías escogidas*.
- 63.—MANUEL MACHADO: *Estampas sevillanas*.
- 64.—GOY DE SILVA: *Mientras cantaban las ocarinas*.
- 65.—GOY DE SILVA: *Las educandas*.
- 66.—GOY DE SILVA: *Doña Gárgola*.
- 67.—EUGENIO MONTES: *Elegías europeas*.
- 68.—G. A. BÉCQUER: *Leyendas*. Tomo I.
- 69.—G. A. BÉCQUER: *Leyendas*. Tomo II.
- 70.—G. A. BÉCQUER: *Leyendas*. Tomo III.
- 71.—R. GÓMEZ DE LA SERNA: *El torero Caracho*. Tomo I.
- 72.—GOY DE SILVA: *Viaje a Belén*.
- 73.—OSCAR WILDE: *Un marido ideal*.
- 74.—G. TORRENTE BALLESTER: *Ifigenia*.
- 75.—JOSÉ LUIS CANO: *Sonetos de la bahía y otros poemas*.
- 76.—M. POMBO ANGULO: *En la orilla*. Tomo I.
- 77.—M. POMBO ANGULO: *En la orilla*. Tomo II.
- 78.—R. GÓMEZ DE LA SERNA: *El torero Caracho*. Tomo II.
- 79.—P. A. DE ALARCÓN: *Roma*.
- 80.—P. A. DE ALARCÓN: *Salamanca*.
- 81.—P. A. DE ALARCÓN: *El amigo de la muerte*.
- 82.—*Las más bellas cartas de amor*. Tomo II (En prensa.)
- 83.—F. DÍAZ-PLAJA: *La poesía española de la muerte*. (En prensa.)
- 84.—L. ALONSO SCHÖKEL: *Poesía española (1900-1950)*. Tomo I.
- 85.—L. ALONSO SCHÖKEL: *Poesía española (1900-1950)*. Tomo II.
- 86.—E. DE GEMA: *Tierra adentro*.





COLECCION

MAS ALLA

MAS ALLA



MAS ALLA

COLECCION

COLECCION

MAS AL

Colección «MAS ALLA»

Desde hace algún tiempo han quedado reducidos los libros a un grupo de potentes que pueden permitirse ciertos lujos. La Colección «MAS ALLA» anhela poner remedio a eso, haciéndolos asequibles a todos los haberes. En ella irán apareciendo las obras que consiguieron los mayores éxitos, las más eximias creaciones literarias, los libros de ayer y de hoy. Concederemos puesto de relieve a las íntimas páginas del diario y de la carta amorosa, donde se encierran trozos de auténtica palpitación humana.

Con esta Colección tendrá el amante de los libros buenos y bellos la mejor de las bibliotecas.

Su lema será siempre: magnífico contenido, pulcra presentación, módico precio.

Aparecerán dos volúmenes al mes.

Hemos elegido los mejores dibujantes, para que su ornamentación sea digna de nuestros clientes.

Esta Colección puede adquirirla en todas las librerías, a los siguientes precios:

Rústica	pesetas	15
Pergamino	» 30	26
Piel	» 35	32



G-F-5989

MA
ALL

80

SALMA NTC

MA NTC